



Ciencia Ficción
Fantosía
Terror



Ediciones Turas Mór

13



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
<i>El viejo y el mar. Y el extraño. Y el Kraken</i> (PEDRO ESCUDERO ZUMEL) .	4
<i>Segundo subsuelo</i> (GRACIELA LORENZO TILLARD - FABIO FERRERAS)....	13
<i>Contacto material</i> (CARLOS MORALES).....	18
La trama del Vacío (o una única visión triple según Spinrad, Delany y Malzberg) (TERESA P. MIRA).....	26
<i>Si no soy esquimal</i> (DANIEL BARBIERI)	33
<i>La Esfera de Cyril</i> (MAGNUS DAGON).....	37
<i>La última frontera</i> (JUAN M. VALITUTTI)	43
<i>Horizonte perdido</i> (CLAUDIO BIONDINO).....	47

NM

www.revistanm.com.ar
revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO
<http://faneditor.hi5.com>

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Ésta es una publicación de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad
de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**

ESN 75694-090712-674080-46

Se agradece por haber tomado parte en este número a:
LAURA PONCE, RICARDO GIORNO y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:
"Grand Space Opera Runner-Up" (GERARDO DAMIÁN BARBERO)

EDITORIAL

Trece. Cifra de mal agüero, para algunos. Para otros, el nombre de un personaje (en español, en el original) de un cuento de CORDWAINER SMITH. Para **NM**, apenas un nuevo número. O quizá más.

Acaso, desde la tapa, puede parecer un especial de reediciones. Pero no.

La encargada de arte, BARBY, descubrió en la Red a GERARDO BARBERO (http://www.digitaltutors.com/digital_tutors/featured_artist.php?artist=16), un joven ilustrador de Alta Gracia, Córdoba, Argentina, y se obtuvo el permiso para reproducir algunos de sus trabajos como portada de la revista. Vale la pena seguirle el rastro.

En el aspecto literario, mientras con DANIEL BARBIERI, lamentablemente, la única solución es reeditar, en el caso de ESCUDERO ZUMEL, la opción es más alentadora. Su cuento se publicó por primera vez en **OcioJoven** (actualmente **OcioZero** —<http://www.ociozero.com/>—) y, luego de obtener el segundo accésit ex æquo en el II Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas (<http://premiointernacional.blogspot.com/>), fue reproducido en **NGC 3660** (<http://www.ngc3660.es/>). Seguramente, ésta no será su única participación en **NM**.

Asimismo, como es costumbre, colaboradores ya conocidos de la revista. Con cuentos inéditos. Con opiniones novedosas.

Todo en una delicada mixtura que hace que el resultado sea mucho más que iteraciones.

SANTIAGO OVIEDO

Los textos de esta publicación fueron editados en OpenOffice 2.3. La revista se armó en Serif PagePlus 6.0. Los archivos PDF se generaron en PDFCreator 0.9.3.

EL VIEJO Y EL MAR. Y EL EXTRAÑO. Y EL KRAKEN

PEDRO ESCUDERO ZUMEL

El extraño llegó por el sendero del risco. Cojeaba de la pierna derecha; no de un modo pronunciado, sino con un ligero vaivén, como una barca amarrada en un día de leve marejada. Caminó arrebujado en su abrigo, con una mano escondida en el bolsillo y la otra agarrando una enorme bolsa de lona. El cielo estaba encapotado y soplabla viento del norte. No le importó. Avanzó hacia la cabaña sin aminorar la pausada cadencia de sus pasos. Lento pero seguro, firme; daba la impresión de que nada podría hacerle detener si él no lo deseaba, que ningún obstáculo se interpondría en su camino.

El abuelo Damián lo observó sentado en su taburete mientras se aproximaba, sin dejar de limpiar las sardinas que había pescado aquella mañana. Sus manos callosas manejaban con sorprendente destreza el cuchillo. Un tajo, la cabeza en el cubo; dos tajos, las tripas. Durante un instante contemplé entre sus dedos cómo el extraño se acercaba. Di un respingo. La lentitud de uno y la vi-

vez del otro se entremezclaban en un singular cuadro. Fue como si el aceite y el agua se fundieran. Algo antinatural, pero deseado.

—Viene alguien —dije.

—Ya.

Lacónico. Tajante. Nunca he conocido a nadie capaz de cortar con las palabras como él. Alguien particular, mi abuelo. Vivía en una cabaña junto al acantilado; distante del mundo, pero no ajeno a él. Se ganaba bien la vida dando friegas con alcohol de romero para aliviar los dolores de espalda y vendiendo el aguardiente que destilaba en su propio alambique. Pero su gran pasión era la mar. Siempre que podía salía por las mañanas a pescar en su barca. En ocasiones se perdía durante días en aquel viejo cascarón. Yo le adoraba. Mi madre permitía que pasara con él buena parte de las vacaciones, pese a que mi padre lo detestaba. El resentimiento era mutuo.

El hombre se detuvo a unos pasos de nosotros y dejó la bolsa en el suelo. Varias cicatrices cruzaban su

rostro; tenía la nariz achatada como los boxeadores y el mentón ligeramente desencajado hacia la derecha. Y, pese a todas sus deformaciones, su altura, sus hombros anchos y, en especial, su actitud conseguían hacer de él una figura imponente. Tenía su atractivo.

—Vengo a matar al Kraken —aunció.

—Claro —respondió mi abuelo, como si no le diera mayor importancia al asunto.

Se frotó las manos en un trapo sucio y le tendió la petaca al extraño.

—¿Un cigarro?

—De algo hay que morir.

Ambos rieron la gracia entre dientes, como si les costara. Fumaron en silencio, apurando cada calada y mirando la mar con los ojos entrecerrados; con esa mirada de marinero viejo y resabido que la ama y desconfía a partes iguales de ella. Sólo los listos llegan a viejos, decía mi abuelo, y además teniendo mucha suerte, sentenciaba.

—¿Cuántas van? ¿Veinticinco? ¿Veintiséis? —preguntó al extraño.

—Veintinueve —respondió el otro, exhalando una vaharada de humo azul grisáceo.

Después arrojó la colilla con un movimiento brusco y cargado de rabia. Su cara se crispó.

—De algo hay que morir —añadió, pero en aquella ocasión no rieron, sino que se quedaron cabizbajos, cada cual perdido en sus propias cavilaciones.

—En ocasiones es bueno saber hasta dónde podemos llegar —dijo mi abuelo pasado un rato.

—Esta vez será distinto.

—Claro.

—Lo será. Hoy morirá.

El extraño sacó una botella de la bolsa y la dejó junto al pescado.

—Brinda esta noche por mí, viejo.

—Brindaremos juntos, cuando te recuperes.

—¡Vete al diablo! —estalló el extraño. Su aspecto era tétrico con su cuerpo deformado iluminado por la luz mortecina del ocaso de aquel día gris—. Mira esto —dijo sacando varios arpones de la bolsa—. Éste es eléctrico, podría freír a una ballena; y éste cuando se clava se expande, es como si mil cuchillas de afeitar rajasen la carne; y éste estalla; y éste está impregnado con veneno, una toxina tan fuerte que una sola gota mataría a centenares de personas.

Resopló y miró desafiante al abuelo. La rechinaban los dientes. Yo me quedé muy quieta, sentada en el suelo sin atreverme apenas a respirar.

—No te enfrentas a una ballena, ni a centenares de personas, sino al Kraken.

—Qué, viejo, ¿aún crees que ese cabrón tiene alguna oportunidad?

—Las tiene todas, y lo sabes. Es una bestia de otra época. Sabía como el tiempo, como el mal. Déjalo ya, abandona.

Estaba asustada; jamás había visto a mi abuelo tan alterado. Los labios le temblaban y apretaba tan fuerte el cuchillo que los dedos se le estaban poniendo morados. Pensé que el extraño respondería gritando, y que todo terminaría en una pelea, pero recogió los arpones sin decir

palabra y emprendió el camino de la playa.

—Te deseo suerte —susurró mi abuelo.

No sé por qué, pero de cuando en cuando esa escena regresa a mis sueños: el extraño alejándose por el escarpado sendero del risco, y mi abuelo susurrando aquellas palabras. Sólo que en mis sueños las palabras son distintas:

—*Te deseo muerte.*

—¿Podré ver al Kraken? —pregunté con esa ilusión por lo prohibido que tienen los niños.

Las leyendas del Kraken eran un clásico. Los chavales de toda la comarca contábamos sus historias al anochecer, iluminados por una linterna en las cuevas de Cabo de Ajo. Cuando había suerte conseguíamos que un viejo marinero o una viuda nos contaran nuevos detalles. El abuelo no me contestó; entró en la cabaña y salió al poco con un fajo enrollado y prieto de billetes de cinco mil pesetas.

—Vete al pueblo y compra una vaca preñada.

—¿Y si no quieren vendérmela?

—Saben que eres mi nieta; te la venderán.

Cuando regresé, la noche había metamorfoseado el azul en negro. El faro de Punta Chilotes señalaba la ruta segura a los barcos de cabotaje. El viento ya no soplabá, pero había refrescado. Mi abuelo me esperaba a la puerta de su casa con el capote de salir a pescar puesto. Agarró la sogá con la que guiaba a la vaca y la ató a un poste.

—Vamos.

—¿A dónde?

—¿No querías ver al Kraken?

Dudé un instante. No pensaba que me lo permitiera.

—¡Sí! —respondí alborozada. Qué ingenua fui.

Bajamos a la cala donde tenía su barca; una bonita barca pintada a franjas azules y verdes. Con ella aprendí a calafatear, a guiarme por las estrellas, a escoger el mejor cebo para cada tipo de pescado, a tener la seguridad de que la mar es traicionera, y otras muchas cosas que en las madrugadas de pesadillas desearía no saber. Pero yo lo pedí así, nadie me obligó a nada. Ojalá lo hubieran hecho. Tendría el alma más pura y mi conciencia estaría tranquila. La noche era oscura. El agua se extendía frente a nosotros como un manto negro que raspaba la orilla con un suave murmullo. Me enfadé. No podría ver al Kraken. En la penumbra apenas distinguía la silueta del abuelo Damián.

—Va a despejar —pronosticó, como si pudiera leer mis pensamientos.

Una tibia brisa de levante arrastró las nubes, ratificando sus palabras. La Luna, pálida y redonda, quedó al descubierto. Parecía a punto de arrojarse sobre las aguas que, en función de algún extraño efecto óptico, se negaban a reflejarla. Aquel viento sonaba a hueco y parecía que arrastraba unas palabras, un murmullo, algo que casi podías entender, pero que se te escurría como la fina arena de playa entre los dedos.

—¿Por qué lo hace? ¿Por qué quiere cazar al Kraken? ¿Está loco?

—Sí, eso es, está loco.

Encendió una cerilla y prendió un cigarro. Sus ojos se iluminaron

durante un instante. Eran dos pozos negros en los que las pupilas habían devorado al iris. No pude evitar dar un paso atrás.

—Tienes que ir aprendiendo a tener cuidado con lo que preguntas, porque lo mismo te contestan —me advirtió.

Entonces, entre calada y calada, con esa voz rasposa de marinero fumador que ha pasado muchas guardias entre la niebla, me contó la historia del extraño.

—Se llama Santiago, como el apóstol. Llegó hará unos treinta y cinco años, y compró la casona de Monchico. La reparó sin tener en cuenta gastos. Se conoce que era un rico heredero, pero no de esos que se pasan todo el día rascándose la barriga. No, a éste le gustaba hacer cosas. No paraba de meterse en lo que él llamaba 'desafíos'. Lo mismo subía la montaña más alta del mundo que le daba por bajar en canoa por un río peligroso. Sé todo esto porque estuve en muchas de sus expediciones.

"Una mañana se presentó aquí y me pidió que lo acompañara en un viaje en barcaza. Quería llegar al Polo Norte. Le dije que había muchos marineros en la zona, que por qué no se lo ofrecía a ellos. Me contestó que porque él buscaba a los mejores, y que muchos habían tenido miedo y no querían acompañarlo. Acepté. Pagaba bien y era un trabajo de mar, que es lo mío. La travesía fue difícil; no he pasado tanto frío en mi vida. Una mañana encontramos a uno de los tripulantes tieso como un madero. Se había quedado congelado. Otro par de ellos se fueron por la borda en

una tormenta. Sí, fue un viaje duro, pero al final volvimos con muchas historias que contar. No me las preguntes ahora, que no es el momento; cuando seas más mayor ya te contaré, si quieres.

"Nos hicimos buenos amigos; no hay nada que una más a dos hombres que haber pasado juntos las de Caín. Él siguió con sus expediciones y yo lo acompañé en casi todas; sólo me salté unas pocas que hizo por el desierto. Yo soy hombre agua, no de polvo, que para el polvo ya está toda la eternidad.

"Se moderó un poco cuando se casó. Estuvo un par de años sin apenas moverse. Cambió las aventuras por viajes caros a ciudades de toda Europa. Todavía tengo por ahí alguno de los recuerdos que me traía. Pasó demasiado tiempo por aquí, y ya sabes cómo le gusta hablar a la gente. Demasiado. El caso es que empezó a darle vueltas a las leyendas del Kraken. Si hubiera sido otro se hubiera reído de ellas, pero habíamos visto cosas extrañas en nuestros viajes, tanto o más que esa maldita bestia de las profundidades.

"Poco después de que su mujer quedara embarazada por segunda vez, vino a verme para que lo acompañara a cazar al Kraken. Compró el mejor barco que se podía conseguir con dinero y lo equipó con los aparatos más modernos. Ni sé lo que le costaría, ni los permisos que tuvo que conseguir, pero lo armó como si fuera un buque de guerra. Contrató a los mejores de cada lugar: mercenarios sudfricanos, arponeros noruegos, marineros andaluces, gallegos y vascos,

cazadores de tiburones chinos y técnicos de radar americanos. A mí me nombró capitán. Tenías que haberlo visto. Era una embarcación sólida, de las que da gusto contemplar mientras navega. Ciento treinta y dos metros de eslora, veintiséis de manga y veintiocho nudos de velocidad. Tenía unas torretas de cañones para arpones a proa y popa, igual que los acorazados. Una preciosidad. La Santa Ana se llamaba, como tu abuela.

"Las leyendas decían que el Kraken tenía su nido en el Cantábrico norte, y para allá que fuimos. Era el mes de noviembre. La mar estuvo picada durante el viaje y amenazaba galerna, pero no nos íbamos a achantar por eso. La gente dura pasa una línea y sabe lo que tiene que hacer. Muchos de los tripulantes pensaban que era cosa de locos, el capricho de un señorito rico, pero la paga era buena, muy buena. Total que se guardaron sus opiniones para ellos. Tardaron poco en creer. Cuando llegamos, nos estaba esperando. No me mires así; no pienses en él como si fuera un animal. No lo es. Recuérdalo bien, y aprende de tus mayores.

"El día estaba despejado; ni una nube, oye. El primero desde que salimos de puerto. La mar brillaba bajo el Sol. Ya sé que las historias dicen que sólo sale las noches más oscuras, y que hasta el brillo de la Luna le molesta; pero también puede salir de día, aunque prefiera la noche, supongo que porque le recordará las profundidades. Apareció a lo lejos, justo más allá del alcance de nuestras armas. Salió del agua muy despacio.

Fue como sin una montaña se levantara delante de nosotros. Una única onda de agua nos golpeó por proa. El barco se bamboleó como si fuera una cáscara. Todos estábamos en cubierta. Sólo se podía oír la respiración agitada y entrecortada de los hombres. Su sombra era tan grande que llegaba a nosotros. Y aquella mirada... esos dos enormes ojos sin párpados. ¿Te has asomado alguna vez por el borde del acantilado? No le mientas a tu abuelo. Sé que lo has hecho; todos lo hacemos, aunque no se deba. Hacemos muchas cosas por curiosidad, aunque no sean buenas; demasiadas.

"Entonces, como vino se fue. Se sumergió en el agua y desapareció. Di las órdenes para que nos preparáramos. Con un bicho así, uno no se podía andar con zarandajas. Podía ser grande, pero nosotros teníamos artillería para tumbar lo que se nos pusiera por delante; o eso es lo que creíamos. El caso es que no aparecía por ninguna parte. El radar no servía para detectarlo, no me digas por qué. Jugaba con nosotros. Se dejaba ver aquí y allá. Hacía que le fuéramos persiguiendo. Pasamos un par de semanas dando vueltas a lo tonto. Hubo un radarista, Robert se llamaba, que ideó una manera de dar con él. Trianguló la señal, o algo así. Un buen chaval el americano éste. Ahora vive en el desierto de Arizona y no se acerca al agua ni aunque esté en un barreño.

"Una vez localizado, nos dirigimos directamente a por él. Estoy seguro de que podría habernos evitado, o huido, si le hubiera apetecido, pero se

había dado cuenta de que no podía seguir jugueteando con nosotros; al menos no de aquella manera.

"Tal y como esperábamos, nos embistió por debajo. Dejamos caer los bidones con las cargas de profundidad. Pensábamos que con eso lo mataríamos, o lo heriríamos de gravedad. Nos equivocamos. Los tentáculos surgieron a derecha e izquierda y se enredaron a las barandillas, reventaron los ojos de buey y se agarraron a los huecos vacíos. Cortamos, disparamos, quemamos y arponeamos, pero fue inútil. El casco crujió, los remaches saltaron y las planchas de acero se doblaron. No podía creer lo que estaba pasando. Le estábamos dando con todo lo que teníamos y no hacía caso. Entonces nos hundió. ¿Te imaginas? Un barco de mil doscientas toneladas y doble casco, y tiró de él hacia el fondo como si fuera un cascarón. Nos tuvo bajo el agua sólo un momento, lo justo para librarse de nuestras picaduras; después nos sacó fuera otra vez. El agua se volvió negra; no, no creas que era tinta. Ni se te ocurra compararlo con un calamar; ya te he dicho que no cometes ese error. Todo burbujeaba a nuestro alrededor. El acero se derretía y despedía nubes de vapor venenoso. Me encerré en la cabina. Algunos cayeron por la borda entre arcadas. Recuerdo sus gritos; jamás podré olvidarlos. Nos pudo matar, pero no era nuestra muerte lo que buscaba, sino nuestro miedo. Alzó el buque sobre las aguas, lo zarandeo, y al final lo lanzó como si no fuera más que una tabla vieja que hay que descartar.

"Aparecieron náufragos de nuestro barco desde Finisterre hasta San Juan de Luz, allá en Francia. Y así hicimos su voluntad, aun sin saberlo. Propagamos las leyendas y el miedo por toda la costa, como él quería. Por supuesto, los que mandan no nos creyeron, pero las gentes de la costa sí, y los viejos marineros asintieron y añadieron una historia a las que ya conocían.

"Lo peor no había pasado. Eso vino cuando volvimos a casa. Tiene poder más allá de la mar, porque el agua llega a cada rincón del mundo. Además, es malo y listo; una cosa podrida y vieja con una inteligencia afilada como... como un anzuelo para atunes. He visto lo que puede hacer; cómo ha torturado y castigado a la tripulación del Santa Ana, cómo ha destruido su vida y matado su ilusión. Con los años, sus planes tienen cierto sentido, tonterías y casualidades encajan para formar algo que se me escapa. Me dan mareos; es mejor dejarlo. Prefiero no entenderlo. Me volvería loco; a alguno ya le pasó. Cuando tú vas, él vuelve.

"Había matado a la mujer y al hijo de Santi. Y también a Ana, tu abuela. No me preguntes detalles. Hay cosas de las que prefiero no hablar. Recuerdo la mañana que volvimos al pueblo. Nadie nos había dicho nada. Matías, el pastor, me contó que nuestros gritos de rabia y dolor se oyeron desde la Punta de Santoña hasta los montes de Tordehuegos; y que las maldiciones y juramentos hicieron que las beatas se santiguaran y encargaran misas por los difuntos, más por apaciguar sus

temores que por la salvación de las almas de los muertos.

"Aquella madrugada bajamos al puerto afónicos y borrachos como cubas. Ese hijo de puta nos estaba esperando, desafiándonos para que fuéramos a por él, metiendo el dedo en la llaga. Su forma se adivinaba sobre la superficie; era un pozo negro en el que no había reflejo alguno y las estrellas no brillaban. Santi no pudo contenerse y se adentró en las aguas buscando venganza. Intenté impedirselo, pero fue inútil. Observé desde el espigón cómo jugaba con él. Lo lanzaba al aire como si fuera un pelele; lo sumergía en el agua helada hasta casi ahogarlo y de vez en cuando le rompía un hueso. Los gritos se escucharon por toda la bahía, pero nadie vino a ayudar; ni un curioso se acercó allí. Incluso los incrédulos aseguraron las puertas de sus casas y se escondieron bajo las mantas. Los más sacaron las botellas de aguardiente para no oír nada.

"Recé por que terminara con su sufrimiento y lo matara. Pero no lo hizo; forma parte de su crueldad. Le arrebató cuanto más amaba por desafiario; por cometer el error de confundirlo con un animal, cuando es un ser del abismo, uno de esos demonios que se señalaban en las viejas cartas de navegación. Es eso, y algo peor, oscuro, antiguo y maligno, que aguarda su momento en los abismos de las profundidades marinas. En lugares donde la luz del Sol jamás ha llegado; donde nada ha cambiado y es mejor no adentrarse.

"Desde aquel día Santi regresa para retarlo al menos una vez al año,

y el Kraken lo espera para partirle los huesos y humillarlo una vez más. Y yo... yo, yo... me dedico a mis cosas.

Me había contado la historia, pero con el conocimiento llegaron más preguntas. Con el tiempo averigüé que la sabiduría arcana es un pozo de cieno: para llegar has de embarrarte, hundiéndote un poco más a cada paso, y una pregunta te lleva a otra y a otra...

—Pero... si mató a la abuela, ¿por qué no lo ayudaste a matarlo?

—Tu madre seguía viva.

Permanecemos en silencio, escuchando las olas y el canto de las cigarras que se escondían entre la junquera que marcaba el límite entre la arena de la playa y el pedregal. No me atrevía a preguntar más sobre el Kraken. Tenía miedo, pero ansiaba verlo. Así somos: sabemos lo que está bien y lo que no, e intentamos comportarnos con rectitud, pero lo prohibido nos produce una curiosidad malsana que suele ser nuestra perdición. Un zumbido al Este nos anunció la llegada del actor protagonista de aquel drama. La Zodiac flotaba sobre la superficie como si fuera un animal enfurecido. El extraño —pues para mí siempre será el extraño y Santiago el nombre de un personaje de una vieja historia del abuelo— se mantenía en un asombroso equilibrio, de pie, con una mano guiando el timón del motor, y la otra alzando uno de los mortíferos arpones sobre su cabeza. En un instante desapareció. Fue un parpadeo. Si hubiera girado la cabeza no lo hubiera visto. La lancha, el motor, el extraño y el arpón fueron suc-

cionados. Las aguas se lo tragaron todo sin un ruido. Creí ver unas sombras fugaces, pero aún hoy día dudo si alcancé a ver nada que no fuera ausencia. La mar quedó tranquila, como si nada hubiera sucedido.

—Se lo ha tragado —dije horrorizada.

El abuelo Damián negó con la cabeza.

—Al amanecer lo encontrarán flotando a la deriva en alguna playa.

Todavía estuvimos bastante tiempo sentados sobre la arena húmeda. Yo sobrecogida por lo que acababa de ver; él, dándome tiempo para que me repusiera. Cuando juzgó que ya debería haberme tranquilizado se levantó y me dijo:

—Todavía tenemos que hacer algo antes de que salga el Sol.

—¿El qué?

—¿Para qué crees que te mandé comprar una vaca?

No contesté; comenzaba a temer más las preguntas que la ignorancia.

Regresamos a la cabaña y el abuelo desató la soga y tiró de la vaca, que de algún modo anticipó su destino y se resistió con todo su empeño. Yo lo miraba todavía atontada y temiéndome lo que le iba a ocurrir a aquel pobre animal que yo misma había traído aquella noche.

—Coge el chubasquero —me ordenó.

No discutí.

Arrastramos al animal hasta un risco. El lugar tenía un olor penetrante y desagradable; algo que ascendía desde el mismo suelo, filtrándose entre la hierba rala y amarillenta y desafiando al propio salitre.

Al poco llegó el Kraken, como un rumor. Ocultando la Luna. Inmenso. Era una enorme montaña que se había deslizado fuera del agua en apenas un instante; un apéndice palpitante y húmedo del risco. Nos contemplaba desde la altura. Entonces acepté la verdad de la historia. No era un animal. Sus ojos sin párpados eran humanos; no encuentro otro modo para definirlos. Dos globos oculares con unos iris de color violeta intenso, y unas pupilas que escrutaban cada uno de nuestros movimientos.

La vaca mugía y pateaba contra el suelo, pero la presa firme del abuelo Damián impedía que huyera. Un tentáculo se deslizó sobre la hierba, se arqueó y pasó sobre el lomo de la vaca. La pobre se orinó encima. Entonces, el Kraken presionó contra el suelo. El chasquido de las cuatro patas del infortunado animal al quebrarse me cortó la respiración. Un mugido prolongado y lastimero se entremezcló con una letanía que mi abuelo comenzó a entonar con voz ronca. Me apreté la mano y me urgí con un movimiento de cabeza para que le imitara. Sólo entonces reparé en el tentáculo que reptaba en mi dirección. A duras penas conseguí que un sofocado hilillo de voz saliera de mis labios. Aquel apéndice que prometía muerte detuvo su avance, pero no se retiró.

Alzó a la vaca sobre nuestras cabezas, y comenzó a retorcerla lentamente durante lo que me pareció una eternidad. Me tapé los oídos con las manos. El lúgubre lamento del animal me taladraba hasta alcanzar lo más profundo de mi ser, donde continúa resonando en mis pesadillas. Los mu-

gidos se apagaron. Bajé las manos, dejándolas caer pesadamente junto a mis caderas. Entonces escuché el chasquido de los músculos, los tendones y la piel al rasgarse. La sangre se derramó como un torrente.

Chillé como jamás volvería a hacerlo.

Chillé mientras pedazos de vísceras caían a mi alrededor.

Chillé hasta que mi garganta se negó a continuar, convertida en esparto.

Chillé y murió algo en mí. Creo que fue la inocencia.

Y mientras, aquella maldita aberración abandonó la costa con su ofrenda, tal y como llegó, sin que las aguas delataran su paso. Así es él: un murmullo que va y viene.

—¿Por qué? —acerté a preguntar con voz ahogada.

—He visto mucho, m'hija. Muchas cosas en este mundo que se escapan a nuestro entendimiento. No se aprenden en los libros, al menos no en aquellos que es bueno leer. Hay tres tipos de monstruos: los que hay que destruir, no importa lo que cueste; aquellos de los que hay que huir y combatir sólo si estás acorralado, y los que hay que apla-

car porque están más allá de nuestra comprensión. Y de estos últimos yo sólo conozco al Kraken.

Todavía hoy recuerdo sus palabras; por eso prefiero alejarme de los seres que no puedo abatir y centrarme en los que pueden ser destruidos. Ésa fue una de sus primeras lecciones y, sin duda, de las más valiosas.

Verano a verano, fui aprendiendo los secretos del abuelo. Cuando cumplí los dieciocho me fui a vivir con él. Allí estuve hasta que no tuvo más que enseñarme; y entonces, cuando más me necesitaba, cuando sus dedos, antaño hábiles, se convirtieron en unos garfios curvados por la artritis, y sus ojos estaban comidos por las cataratas, lo abandoné para continuar aprendiendo. Marché con su bendición, pero eso no me exculpa de mis pecados. Pese a todo, mi sangre tiene una deuda con esa bestia, y una vez al año acudo a la vieja cabaña del abuelo, limpio su tumba y la adorno con crisantemos y gardenias, compro una vaca preñada, y espero a que el extraño se acerque por el sendero del risco con su caminar renqueante y su mirada de odio.

© PEDRO ESCUDERO ZUMEL, 2008.

PEDRO ESCUDERO ZUMEL
(España —Valladolid, 1976—).

Ganador de varios concursos, con este cuento obtuvo en 2009 el segundo accésit ex æquo en el Segundo Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas. Finalista en el Séptimo Certamen de Tierra de Leyendas y en el Certamen de Fantasía y Ciencia Ficción de "El Cuentacuentos", su *blog* "Más Cuento que Calleja" (<http://mascuentocalleja.blogspot.com/>) también resultó merecedor de un premio.

SEGUNDO SUBSUELO

GRACIELA LORENZO TILLARD - FABIO FERRERAS

En estas últimas páginas voy a explicar por qué renuncié a mi empleo. Una de las razones que me llevaron a tal decisión fueron las desapariciones. Comenzaron en la misma oficina: lápices, talonarios, planillas de compraventa, distintos objetos que no encontraba por ningún lado. Al principio, al encontrarme arrodillado tras el escritorio o revolviendo en la papelería, Ana se burlaba de mí; decía, sonriente, que yo los escondía para tener una excusa y pasar el tiempo sin hacer nada. Algunas cosas tardaron varias semanas en aparecer, como mi agenda personal que al final encontré bajo el aparador, en casa, entre montoncitos de pelusa gris. La cuestión llegó a convertirse en algo muy irritante y raro. Después de un tiempo, Ana ya no se burlaba: me miraba ir y venir, muy quieta tras su escritorio de la secretaría, de reojo, con recelo, o quizá temía alguna reacción violenta de mi parte. En cuanto a la Jefa, creo que nunca notó nada, porque de otra manera me habría advertido o amonestado.

Otra de las razones fueron los ruidos, que por suerte ya he dejado de escuchar, sea por acostumbramiento o por bloqueo.

De manera que decidí que lo mejor era renunciar. No aguantaba más lo que ocurría y no veía otra alternativa. El estado de mis nervios era lamentable; no concurrí a la fiesta de fin de año que la Jefa organizó en la oficina, no me despedí de Ana ni del resto de mis compañeros.

Lo medité durante las vacaciones. No recuerdo nada de ellas; tampoco qué amigos vi o qué lugares visité, si es que salí de mi casa: mi memoria está en blanco, como un formulario aún por llenar.

Pero me sentí resuelto y decidí proceder correctamente; no era cosa de meter la pata por cuestiones puramente formales. Necesité de todo el resto de mi fuerza de voluntad para levantar el tubo del teléfono; por fin logré comunicar con la operadora y le pregunté la dirección de la filial local del Ministerio de Trabajo, pero cuando tomé mi agenda, esta agenda don-

de escribo ahora, y la abrí por la hoja de la letra M, vi que ya estaba anotada y con mi propia letra. No recordaba haberlo hecho; sí estoy seguro de haber experimentado en algún otro momento los mismos dolorosos calambres estomacales y la marea negra que me cegó y me paralizó. Después, mientras me preparaba para salir, la perdí dos veces más; la primera la hallé dentro de la pileta del fregadero, con los trastos del desayuno, justamente entre la taza y el plato. ¿Cómo había terminado allí? No lo sé; la coloqué sobre la mesa, pero luego la encontré dentro de un zapato.

Llegué al Ministerio de Trabajo. El hombre de la información —quien se suponía estaba allí para entender lo que un solicitante quería y orientarlo respecto del trámite a realizar— me miró como si le estuviese hablando en chino. Después de repetirle varias veces la misma pregunta, alzó la mano con supremo esfuerzo y señaló un cartel que decía HACIA ABAJO, sin mover el resto del cuerpo; ni siquiera lo vi parpadear en todo ese rato. Yo también trabajaba en un subsuelo y me pregunté si en aquellas profundidades los objetos también desaparecían, y si el Jefe era una mujer, y si se escuchaban ruidos.

Seguí la dirección indicada por el cartel. Tras cruzar una arcada de piedras grandes y rectangulares seguí por un pasillo con piso de baldosas blancas y rojas. Al fondo se abría una única puerta, como un bostezo fosilizado; desemboqué en una escalera sin iluminación, con olor a humedad y a esas otras entidades, vivas o muertas, que suelen acompañar a la hu-

medad. Descendí con cuidado, tratando de no tocar las paredes (la escalera no tenía pasamanos y crujía de forma alarmante). Respiré lo menos posible, entre dientes, para no aumentar la náusea que me invadía. Recé para que no retornara el pánico negro que me ataba de pies y manos.

Llegué a un nuevo pasillo, también poco iluminado. Me asomé por la primera puerta de la derecha; dos mujeres de lacrimosos ojos de vaca se irguieron en sus asientos y giraron sus cabezas hacia mí.

—Disculpe, la oficina de instituciones civiles, ¿es aquí? —No me dirigí a ninguna en particular, sino a un punto en el aire que mediaba entre ambos escritorios. Me pareció que no entendían, que mis palabras rebotaban sin sentido, llenando de ecos sus cerebros. Estaba por repetir la pregunta cuando una de ellas se dignó a levantar apenas un dedo para señalar la pared que tenía enfrente. Me pareció escuchar el crujido de la articulación al extenderse y temí que estuvieran comenzando otra vez esos ruidos insoportables.

Me quedé observándola. La mujer (de edad madura y cuerpo enjuto y seco, excepto sus ojos bovinos) comenzó a evidenciar cierta inquietud y cambió la postura, volviendo la cabeza hacia la otra.

—¿Señor? —pronunció, palabra que interpreté como una invitación a la conversación. No me atreví a preguntar lo que tanto necesitaba saber (*Tu jefe ¿es mujer? ¿Hace ruidos extraños cuando come? ¿La has visto comer?*), así que simplemente asentí y salí sin decir nada.

Retomé el oscuro pasillo y me acerqué a la puerta siguiente, también a la derecha. Miré dentro y no vi a nadie. Demoré un par de minutos antes de continuar, aguzando mi atención, buscando algún sonido de lator. Tras la tercera puerta encontré al funcionario. Y este buen señor, muy obeso, muy calvo y muy fornido, en lugar de explicarme qué debía hacer para renunciar, se dedicó a preguntarme el porqué.

Me sentí embargado por una inesperada añoranza. Afuera había dejado una mañana de pleno sol, verano, calor, ruido ciudadano, movimiento, vida. Aquí adentro y abajo todo era humedad, quietud, oscuridad; me sentí un forastero. Lo atribuí a la molesta situación de tener que explicar las razones de mi renuncia, pero de pronto me di cuenta de que el problema era el ambiente; esperaba que en ese subsuelo el aire estuviera fresco pero lo sentía caliente, más bien sofocante y opresivo.

Le respondí cualquier cosa; que no me alcanzaba el tiempo, que no me gustaba ese trabajo, que no tenía interés... No podía decirle la verdad. Por fin el funcionario empezó a soltar las instrucciones, como con cuentagotas, una a una. Entonces cometí el error de interrumpirlo con una pregunta. El hombre calló; me miró como un rey miraría a un bufón que ha osado decir una frase seria, ¡y volvió a comenzar! ¡Claro! ¡Si no recitaba el verso completo desde el principio, no le salía! Con gesto ampuloso —la ocasión lo ameritaba— saqué la agenda (no había desaparecido) y anoté todo lo que decía.

Que alguien tomase apunte de sus palabras pareció satisfacerlo; al fin y al cabo estaba trascendiendo.

Cuando el monólogo terminó, me fui sin despedirme de él ni de las mujeres de la primera oficina, desandando el camino con algo más de confianza y velocidad. El pasillo, la escalera, la arcada de piedra; todo fue perdiendo ese aire sofocante y opresivo, sustituido poco a poco por la luz y los sonidos de la ciudad.

Seguí las instrucciones del gordo al pie de la letra, tal cual, sin omitir el detalle más insignificante. Y una semana después regresé a mi trabajo, con el formulario lleno, debidamente sellado y aforado, y el acuse de recibo del correo.

Entré en el edificio saludando a un lado y al otro; con el tiempo se hacen algunos amigos. Bajé al subsuelo a los tropezones; el pánico volvía y, como tantas otras veces, recé por que Ella no estuviera allí.

Al entrar, vi a Ana tras su escritorio. Me mostró una amplia sonrisa de bienvenida; era una buena chica. Sentí alivio al comprobar que estaba sola; recibiría mis papeles y a otra cosa, mariposa. No tendría necesidad de ver a nadie más ni de dar explicaciones. No correría ningún otro riesgo; no habría nuevos ruidos. Pero se puso a conversar, a contarme las hazañas de su novio oficial, los achaques de sus padres y las desgracias de su otro trabajo...

—¡Hola, Julián! Has regresado. ¡Qué bien!

Le daba la espalda a la puerta; no quise darme vuelta y enfrentarme

con Ella. Porque era Ella, la Jefa. Con su piel oscura, ojos de ebria, sonrisa del gato de *Alicia en el País de las Maravillas* y cuerpo de Reina de Corazones; se inclinó hacia mí, buscando mi cara, mis ojos.

—¿Cómo está? —musité. Sentí la marea negra de la náusea subir lenta e inexorablemente por mi garganta; di media vuelta, y allí estaba, tan nítida como la había visto en mi mente—. Le he traído esto. Recíballo, por favor, que me voy. —Al mal trago darle prisa, me dije, con o sin náuseas.

Tomó los papeles que le extendía; miró apenas el recibo del correo, leyó el formulario de renuncia, y preguntó:

—¿Qué significa esto, Julián?

—Que me voy.

Empezó a verse un poco rara. Su sonrisa llena de piezas dentales se congeló; los ojos iban y venían de mi cara al papel, mientras la piel adquiría un levísimo tono púrpura. Estiró los labios, separó las blancas filas de dientes, y salió lo que debió ser su lengua pero no lo era: algo espeso empezó a volcarse sobre su blusa. Un vómito verde brotaba en medio de gorgoteos y gemidos que parecían ser palabras, pero que eran los mismos ruidos que hacía cuando se ponía a comer.

Ana empezó a chillar, se levantó de su escritorio y corrió con los brazos en alto, pidiendo auxilio; al salir chocó con el adjunto, quien comenzó a quejarse de su brusquedad, pero se quedó a mitad de la reprimenda al ver la escena. Se acercó, apoyó la mano sobre mi hombro y preguntó:

—¿Qué está pasando?

—Ya lo ves —dije, insólitamente sereno—. Presento mi renuncia y mira cómo se pone.

—Es que ella tenía grandes esperanzas puestas en ti —respondió el hombre, sin dejar de mirar el pecho cada vez más verde de la Jefa.

—Pero no se justifica tamaña reacción. —El vómito estaba formando un charco viscoso a sus pies—. Si no nos movemos pronto, nos vamos a ensuciar —previne, invitándolo con un gesto hacia la salida.

—Pero hay que hacer algo —respondió.

—Hazte cargo, eres su amigo —dije, alejándome.

—Pero nunca la vi así. Es decir, ya no la veo...

Me detuve y me volví para mirarla. Se había encogido a la mitad de su tamaño, acaso porque ahora parecía como encorvada, y se había puesto muy oscura, más que lo habitual; un bulto inusitado se removía a la altura de la cintura, algo como un par de brazos adicionales pugnando por librarse del encierro del vestido.

Su cuello flaco se alargó hacia mí, la piel tensa por el esfuerzo. La cabeza había adquirido una insólita forma triangular y parecía muy pesada, porque oscilaba de izquierda a derecha con cierto ritmo; la extendió hacia delante y pude ver cada detalle con claridad. Los ojos ya no eran negros, sino verdes, y no tenía cejas, sino dos prominencias coriáceas bajo una frente huidiza. El pelo se le caía a puñados. No le veía la nariz; sólo dos orificios.

—Mira, hice lo que venía a hacer, de modo que me voy —le dije al adjunto—. Esto no me gusta nada... —y continué hacia la salida. Entonces sentí en la mitad de la espalda un impacto suave, mojado y pastoso. Supe que Ella había lanzado una bocanada de vómito contra mí y no quise quedarme un minuto más.

Agradecí la luz de arriba, los autos, las personas que iban de aquí para allá indiferentes a mi renuncia, a mi renacimiento. Pegado al edificio había un bar abierto; dos de las meseras cuchicheaban en la puerta y, al verme, me llamaron.

—Tiene la espalda sucia —dijeron, y me ayudaron a limpiar la chaqueta.

Días después me enteré de que el adjunto había sido hospitalizado con

alteraciones nerviosas y serias lesiones en la cara y el pecho. Rasguños, dijeron; posiblemente alguna alimaña refugiada en la oficina huyendo del calor de la calle.

De la Jefa no supe nada más; las cosas en casa ya no desaparecen ni he vuelto a escuchar esos sonidos chirriantes que amenazaron con volverme loco. Ahora cerraré mi agenda (no quedan hojas libres, de todos modos), me levantaré de este banco y dejaré la plaza atrás. Iré al Ministerio de Trabajo, pero esta vez a solicitar empleo. Quizá me asignen a la oficina vacía en el subsuelo; la puerta entre las mujeres de los ojos de vaca y el funcionario muy obeso, muy calvo y muy fornido. Ojalá no haya una Jefa.

© GRACIELA LORENZO TILLARD -
FABIO FERRERAS, 2009.

GRACIELA LORENZO TILLARD
(Argentina —Córdoba—)

FABIO FERRERAS
(Argentina —Bahía Blanca, 1972—)

Estos autores suelen escribir frecuentemente en conjunto. En **NM 10** publicaron *Contrato agónico* y también colaboraron de modo individual.

CONTACTO MATERIAL

CARLOS MORALES

*El objeto de toda sociedad es el bien común.
No habrá pues orden social
donde no haya principios que rijan la acción pública*
(SIMÓN RODRÍGUEZ, maestro de SIMÓN BOLÍVAR).

Ana Dieciséis Martiné mezclaba perfumes en su rincón del ocio, tarareando una canción de moda. En ese instante en particular, su vida era casi del todo plena. El único leve nubarrón en el fondo de su mente era esa estupidez que la asaltaba últimamente: el equivocarse cuando se presentaba como Ana Quince. Sabía que era común que sucediera poco después de sus cumpleaños, pero sospechaba que era algo más. Es que Ana Quince le había encantado, y ese Ana Dieciséis... Bien, parecía el nombre de otro ente, simplemente.

Estaba contenta pues su trabajo obligatorio había terminado temprano ese día. La Minera Vieja SRL le había pasado sólo dos análisis de operación, que resolvió en pocos minutos. El primer informe estaba perfecto a sus ojos; el segundo tenía una falla. Cuando accedió al sitio por biocámara, tuvo la fortuna de que el robot causante de la anomalía estuviera ya identificado y esperando. Solicitó revisión para él, eligió del listado automático a su reemplazo y se desconectó del área.

El aroma a jazmín del Cabo se le estaba resistiendo. No era lo suficientemente dulce, tampoco entregaba la frescura necesaria. No era embriagante. Verificó los parámetros y aumentó la dosis de la esencia AR26. Esperó un minuto frente al odogénico y aspiró. Mejor, pero todavía no era...

Un pitido en el acceso real. Raro eso.

Seguramente era un mensaje del gobierno. Era el único ente que aún usaba el soporte físico para comunicarse.

Se levantó del rincón del ocio y fue hasta la puerta. Activó el visor y vio flotar un sobre con el conocido sello. Le dio entrada habilitando la ranura.

El sobre entró flotando y esperó a que ella lo activara tocando con el índice en el rectángulo gris. Leyó sus huellas dactilares y se abrió, dejando escapar una nota de papel que quedó levitando, mientras el sobre se dirigía por su cuenta a la recicladora, que se abrió y lo tragó con un *glup*.

El papel venía escrito. Siempre la misma antigüedad, se dijo Ana. Leyó con esfuerzo.

Ana 16 Martíné, EH 012-726-30-231

Asunto: Notificación de primer contacto

En relación con el despacho aviso del 26-09-2196, con asunto "Cambio en condiciones de contacto interentes", en que se informaba de la nueva modalidad obligatoria, queda notificada por ésta del inicio de su primer contacto.

Se han seleccionado para ustente las diecisiete direcciones que figuran al pie de esta nota; corresponden a ustenotros de sexo diverso al suyo. A partir de la entrega de esta nota, tiene ustente doce horas tipo para establecer el contacto exclusivamente por vía material con cualquiera de ellos. Le estarán esperando.

Ustente, como perteneciente al sexo antes llamado mujer, deberá iniciar el contacto. Esto es de acuerdo con la norma tradicional de los Entes Humanos puesta de nuevo en marcha, reflejada en la histórica sentencia: "Las damas primero". Se le informa que "damas" es una palabra en desuso que significa "mujeres".

No le gustó nada esa palabra destacada, "exclusivamente". ¿Qué inventarían luego estos chips del gobierno? ¡Un contacto material! ¿No alcanzaba acaso con la biocámara?

Volvió a sus esencias, pero ya no estaba feliz, y no podía concentrarse. El jazmín del Cabo comenzó a oler a marchito.

Lo que faltaba. Intentó usar la biocámara para visitar a Berta Quince y un cartel escrito centelleó en el rincón de comunicación:

El servicio se encuentra momentáneamente suspendido hasta que ustente cumpla con la disposición "Cambio en condiciones de contacto interentes", de la cual ha sido notificada. Le restan 11,25 horas para cumplirla.

¡Era el colmo! ¡La estaban aislando!

Pidió al archivo la comunicación relativa. La hoja del gobierno salió por la ranura y flotó delante de ella.

Ana 16 Martíné, EH 012-726-330-231

Asunto: Cambio en condiciones de contacto interentes

Habida cuenta de la alarmante baja en el crecimiento vegetativo de los Entes Humanos de la comunidad, el gobierno ha dispuesto y diagramado un conjunto de medidas que involucran ciertos cambios en el aspecto relacional de los EH, diseñadas en defensa propia.

Para su información, la edad promedio debiera ser de menos de 45 años tipo, y hoy se encuentra en los 53,9. Las proyecciones indican que dentro de doce años solares tipo se habrá superado el umbral promedio de

55 años, con lo que se entrará en el cono de sombra de la fertilidad humana.

Las medidas que le incumben le serán comunicadas en su momento. Son de aceptación y ejecución obligatoria. Le recordamos que usted aceptó a los doce años tipo la cesión del manejo de su bienestar y seguridad personal en favor del Estado social, quien se comprometió a cuidarle a usted según su leal saber y entender.

Le debería haberle prestado más atención al asunto, se dijo Ana. Pero los papeles del Estado siempre se referían a cosas que no interesaban, ¿cómo suponer esto de ahora? Cambios en las fórmulas de alimentos, desarrollo de nuevas tecnologías medicinales y cosas así. Muy aburrido todo, y ¿para qué estar al tanto? Si los alimentos sabían igual y, cuando enfermabas te dormían y despertabas sana...

Pero esto era bien distinto. Era... ¿cómo se decía? Personal. Era personal.

Pidió hablar con alguien del Estado. La biocámara respondió esta vez. Se halló en una habitación demasiado cálida, de modo que desconectó la percepción climática palmeando su costado derecho dos veces. Frente a ella había un sujeto anciano sentado en una silla. Sospechó que era ciego, pues sus ojos estaban fijos pero no en ella.

—¿Usted responde por el Estado? —preguntó con su voz.

—Sí, tengo conexión directa subcraneal con la computadora Estado. ¿Qué desea discutir?

—Quiero saber por qué hay necesidad de contacto... eh... material, con esos ustentros que han elegido.

—Un momento, por favor.

El viejo pareció dormirse. Ana aprovechó para echar un vistazo al lugar, pero no había nada que ver. Alzó la vista al techo, pero no descubrió techo alguno. Sólo había la silla del anciano y un pequeño punto blanco, como una píldora, flotando a medio metro sobre su calva cabeza. Debía ser la conexión inversa del Estado; a través de ese punto la estarían evaluando, filmando, registrando, analizando.

Qué bueno eso, se dijo. Le gustaba que el Estado siempre controlara todo, que los ayudara a... Un momento. Un momento.

En ese instante habló el viejo, pero —ensimismada— perdió las primeras palabras.

—...Estado tiene en cuenta parámetros varios, sobre todo las edades y condición de salud. Si acaba sin novedades la lista que le fue entregada, se le proveerá de otra.

—Pero...

El anciano continuó.

—El contacto tiene que ser material para que se despierte lo que históricamente se llamaba "atracción fatal". Se informa que la palabra "fatal" no significa pérdida del aliento vital, sino que define un impulso irresistible hacia la concepción genética, de acuerdo con la naturaleza de los...

Ana Dieciséis cerró con fuerza ambos ojos y cesó con ello el contacto por biocámara. Tenía que pensar.

¿Qué alcance tendría eso de "material"? No estarían pensando esos maldi-

tos chips del Estado en que debiera tocar a otro ente... No, no, imposible. Ella no tocaba a nadie desde... desde su... Bien, no lo recordaba con precisión, pero al menos desde su sexto cumpleaños, cuando le fue otorgado su maravilloso cuarto de siete rincones. Bueno, en realidad habían sido cuatro entonces, si mal no recordaba. Intercambio, aprendizaje, ocio y sueño.

Luego vinieron los otros tres: comunicación, cuando ya fue lo bastante grande para tener amigos; intimidad, cuando quiso pensar sin que nadie la molestara... Eso debió de ser a sus doce, supuso. Y, a los trece, el rincón del trabajo. Recordó cómo se había sorprendido al levantarse ese día y hallar el nuevo rincón en su habitación. Tenía que comenzar a devolverle al Estado los recursos que se utilizaron durante los años anteriores, le dijeron.

Le pareció correcto. Bah, de todos modos no había alternativa, ¿verdad?

¿O sí la había?

Se plantó en el rincón de comunicaciones.

—Quiero hablar con el Estado.

Se activó la biocámara y se halló de nuevo frente al viejo. No, no era el mismo viejo; éste tenía más cabello. Pero todo lo demás era igual.

—No quiero eso de contacto material —declaró, con voz parca.

El viejo la miró a los ojos —evidentemente no era el mismo— y sin consultar a nadie desgranó:

—Es una obligación. Debe hacerlo.

—Pues resulta que no quiero hacerlo.

—Ustente tiene... unas diez horas todavía. Vuelva a su cuarto y cumpla su obligación.

A Ana Dieciséis se le cayó la mandíbula por la indignación.

—¡No quiero hacerlo! ¿Me oye?

El anciano pareció sorprenderse.

—Un momento, por favor —y pareció dormirse.

—¡No soy una niña para andar... tocando otra... otros entes! —Y pateó el piso al decirlo.

Pero el viejo dormitaba. Es decir, se comunicaba con el Estado. Ana avanzó tres pasos y adelantó la mano para tomar la píldora blanca.

—¿Me escuchan ahí...?

Algo la lastimó cuando tocó la píldora. Lanzó un grito y su mano saltó hacia atrás como un latigazo. Reculó, entre sorprendida y poco habituada a estarlo.

El viejo retembló y abrió sus ojos, que parecían de vidrio:

—¿Se ha hecho daño? ¿Se ha hecho daño?

Ella miró sus dedos. Escocían, pero no había rastros de daño alguno. Le pareció recordar algo de eso. Eletra... eletri... era algo así. Una especie de fuerza o algo.

—No, estoy bien —dijo, en beneficio del anciano.

—Mejor así. No debe tocar el inmanente, ¿acaso no lo sabe?

—¿El qué?

—El contacto inmanente. El captador...

—Ah, sí. Perdón, no sabía su nombre. De acuerdo.

—Bien. Tengo una respuesta para ustente, de parte del Estado. ¿Quiere oírlo?

Ana aspiró aire y lo largó despacio, enderezándose. Se restregó las adormecidas falanges y asintió.

—Ustente firmó un compromiso, a los doce años —recitó el anciano—. El Estado se hace cargo de su comodidad, tranquilidad y seguridad. Para ello, el Estado estudia la situación general y pone en marcha políticas de crecimiento de las cosas buenas y de corrección de las cosas malas.

”Para llevar a cabo la mayoría de esas políticas, el Estado se arregla por su propia cuenta y sólo informa a los entes involucrados, ya sean ustentes, bioentes o maquentes. Pero en otros casos, como en éste, se requiere del concurso de los entes sociales...”

—Eso no responde a mi problema —se enfurruñó Ana Dieciséis—. Yo no quiero saber nada con esos contactos materiales.

El anciano pestañeó levemente, varias veces. A Ana le dio la impresión de que rebuscaba en el mensaje del gobierno algún párrafo que respondiera a lo que acababa de decir.

—Si ustente... —habló el viejo al fin, con voz quebradiza—. Si ustente no colabora, romperá el convenio social. El Estado no podrá seguir manteniéndola. Ustente recién ha comenzado a pagar su deuda. El Estado no podrá recuperar su inversión del modo correcto, por lo que deberá disponer de ustente.

Silencio.

—¿Qué significa eso? —preguntó Ana.

—Su... —el anciano pareció de pronto muy cansado—. Su cuarto no es suyo, sino del Estado. Nada de lo que ustente posee es suyo, salvo su propio ente personal. El crédito acumulado con su trabajo obligatorio es

a todas luces insuficiente. El Estado tomará posesión del ente personal, eh... Ana Dieciséis Martíné... para usarlo en beneficio de la comunidad.

—¿Me matarán?

—No lo sé. ¿Algo más desea? —El viejo parecía desfallecer.

Ana miró en derredor, pero no había nada en qué centrar sus pensamientos, su repentino disgusto. Nada excepto el viejo, la silla... y la intocable píldora inmanente.

—*Ana Dieciséis, le restan dos horas y cuarenta minutos para que inicie contacto material.*

Eso vino del rincón de comunicación. Un rato atrás había comenzado a fastidiarla con la cuenta regresiva del tiempo. Ana se había metido en su rincón de aislamiento, pero parecía no funcionar contra el Estado. Malditos fueran sus chips.

—*Ana Dieciséis, le restan dos horas para que inicie contacto material. De no iniciarlo en los próximos treinta minutos, se le retirará el aire del cuarto y deberá inevitablemente salir por el acceso real.*

¡Maldición! Eso era nuevo. ¿Cómo iba a evitarlo? ¡Maldición!

Se alzó del estúpido rincón de aislamiento y le lanzó una patada al lecho del rincón de sueño. Caminó tres pasos y pidió un emparedado de jamón y un sucko de pomeluva en el de intercambio. Luego abrió el receptáculo de entrega y vació la vejiga mientras comía.

No había nada que hacer.

Llamó al comunicador y la nota del gobierno llegó flotando hasta su

mano. Algo había cambiado en el papel reactivo. Cuatro de las direcciones y nombres figuraban en gris en lugar de negro; un texto al final decía “inhabilitado”. Qué raro.

Entre los nombres restantes uno le llamó la atención: Jano Quince Marino. Le sonaba familiar, pero estaba segura de no haberlo tratado jamás.

Ya limpia se alzó del asiento de entrega, que un instante después se ocultó en la pared. El plato y el vaso detectaron que había terminado de comer, recogieron todos los restos por tropismo y se dirigieron por su cuenta a la recicladora, que se abrió y los tragó con un *glup*.

Ana Dieciséis le tendió la lista al comunicador, señalando la línea con un dedo.

—Elijo a éste.

El transporte se detuvo y el panel por el que había ingresado se deslizó a un lado. Había sido un viaje algo complejo. El vehículo, en forma de huevo, no tenía ventanas ni pantalla alguna—sólo un breve panel de contacto al frente, supuso que para emergencias—, pero su interior estaba completamente acolchado. Y pronto averiguó por qué: había sido sacudida durante todo el viaje. Generalmente de derecha a izquierda, pero algunas veces se sintió más pesada—supuso que estaría subiendo— y en una oportunidad los vahídos le indicaron que estaba cayendo a gran velocidad.

Ahora, el panel descorrido dejaba ver un rectángulo verde en leve penumbra. Tenía que ser el acceso real del tal Jano; identificó la ranura del correo y el rectángulo rojo de acceso para bultos.

Por delante de él, no más de un metro cuadrado para estar de pie.

Supuso que era el momento de apearse, pero se sentía remisa a hacerlo. El gobierno pareció darse cuenta de ello.

—Se solicita a ustente que descienda del vehículo—recitó el panel frontal.

Maldición, se dijo. Pero se apeó. El vehículo se cerró y ésa pareció ser la señal para que se abriera de par en par el acceso real del tal Jano. Ana giró hacia la entrada y la luz que brotaba de ella, y esperó.

Esperó.

Al minuto se asomó, dubitativa. Era un sitio bastante parecido a su cuarto, pero en cierto modo totalmente diferente, sobre todo por los colores, los colgantes, los estantes... Los rincones, según pudo ver, estaban en el mismo orden que los suyos, y el cuarto tenía el mismo tamaño y disposición. ¿Acaso los fabricaban en serie? Nunca se había detenido a pensarlo.

Pero el tal Jano no estaba.

—¿Hola?

Con el rabillo del ojo detectó un movimiento en el rincón del ocio, y miró hacia allí. Parecía vacío, pero el aire se movía. Oscilaba levemente. La curiosidad la impulsó a ingresar al cuarto ajeno. El aire comenzó a temblar. Ana se detuvo.

—¿Estás ahí? ¿Jano?

Una cara se asomó por un costado de la zona de aire borroso. Bah, una cabeza despeinada y un par de ojos, más bien.

—Jano Quince, soy Ana Quin... Dieciséis.

Y entonces cayó en la cuenta de porqué le había sonado el nombre: Jano Quince Marino, Ana Quince Martiné. Era parecido al suyo. Bueno, al que ya no sería nunca más suyo. Maldición. Giró en su sitio y bufó, molesta por su estupidez.

Jano asomó toda la cara. No era más que un niño, y estaba asustado.

—No te acerques...

Ana se dio la vuelta para mirarlo. De repente, cayó en la cuenta de que lo estaba mirando realmente, no por biocámara. No había filtros ópticos actuando, y podía distinguir cabellos sueltos, granos, leves manchas en esa cara. Respiraban ambos el mismo aire, y el olor de ese niño estaría por todas partes... y no podría retirar sus sentidos guiñando los ojos o torciendo la nariz, ni sacudiendo las manos.

Sintió un vahído, similar pero no igual al que la atacó durante el viaje. Éste venía de adentro, no de afuera. Poco a poco se repuso, pero fue consciente de que el temor que vio en el rostro de Jano ahora se repetía en el propio.

—No te acerques —repitió el niño.

—No lo haré, ¿qué te crees? —respondió ella, agresiva, intentando recuperar la compostura.

Se dirigió errática hacia su rincón de intercambio... No, no era el de ella, sino el de él... Bueno, qué más daba. Extendió una silla y se sentó; los codos sobre la mesa y la cara entre las manos, esperando a que sus sienas cesaran de latir.

Cuando abrió los ojos, el muchacho la miraba, de pie en el centro del cuarto. Era más alto de lo que le pareció antes. Alto, desgarrado y se-

miborroso. No, era algo que le cubría medio cuerpo.

—¿Qué es eso que tienes ahí? —preguntó ella.

—¿Esto? —respondió él, alzando la nube que lo cubría a medias—. Es un... bueno, yo lo llamo “escudo de invisible”. No es invisible, pero parece... Es decir, se parece bastante. Yo lo hice.

—¿Tú lo hiciste? —Ana se alzó un poco para ver mejor.

—Sí, en mi... en el rincón del ocio. Funciona con electricidad.

Electricidad, eso era... lo de la píldora flotante. Pero a Jano no parecía afectarlo.

—Oye, ¿cómo no te lastima la e-letre... eletri...?

—¿Lastima? No, no lastima. Bueno, hay que ponerle unas manillas para sujetarlo, ¿ves?

Giró el escudo para mostrarle, acercándose hacia ella sin notarlo. La parte posterior de la nube era opaca, y dos manillas plásticas sobresalían de ella. El muchacho la miró con aire dudoso y luego decidió alguna cosa, pues rebuscó en la parte de atrás y desactivó algo. El escudo quedó inerte.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Ana. La curiosidad le ayudaba a superar el mal trago de la presencia del muchacho.

—Bueno, yo... Me gusta hacer cosas, aparatos, cosas así. Tengo unos... unos cuantos. Allá colgados, ¿ves?

Señaló a los que Ana, al llegar, había considerado colgantes de adorno. Tenían formas extrañas, materiales raros y aplicaciones difíciles de definir sólo viéndolos.

—Dime, yo... ¿Podría tener un escudo como el tuyo? ¿Me harías uno para mí?

El muchacho se sorprendió, pero de inmediato dio un paso hacia la mesa —a Ana no pareció preocuparle eso—, extendió una segunda silla y se sentó cuidadosamente en el extremo opuesto.

—Pues... Sí, podría hacerte uno, pero... ¿para qué lo quieres?

Ana pensó: ¿le digo o no le digo? Jano continuó, creyendo que ella no entendía:

—Es que no sirvió de mucho para ocultarme. Me has visto, ¿no es así?

—Sí, te he visto —reconoció ella. Y prosiguió—: Pero no es por ello que me interesa.

—Pues... yo lo fabriqué para ocultarme de... Bueno, de ti. ¿Para qué lo usarías?

Algo le hizo confiar en el muchacho. No supo por qué, pero lo dijo... en voz extremadamente baja:

—Para defenderme de la píldora... —y, al ver la extrañeza en el rostro de él, corrigió—: El contacto inmanente. ¿Sabes lo que es?

—¿El inmanente?

—Shhh... No hables tan alto. Nos escuchan, ¿acaso no sabes?

Dos horas después, Ana bajó ágilmente del vehículo ante el acceso a su cuarto. El panel se cerró y ella entró a su mundo, feliz como por la mañana. Pero por otras cosas ahora. Se encaminó rápidamente al cuarto de intercambio; debía defecar.

Sentada en el receptáculo de entrega, meditó en sus asuntos en medio de excitaciones. Antes se había sentido indefensa y amenazada, pero ahora tenía un arma, un plan... y un aliado.

Estiró el brazo y comenzó a programar un baño bien caliente —le encantaba eso, y con mucha espuma—, y entonces reparó en que su cuarto tenía algo diferente. ¿O era sólo porque había estado varias horas en el de Jano, con todas sus rarezas?

Cuando quedó limpia, se subió la falda y se acercó a la derecha del acceso real. Allí había algo que no estaba antes...

Una voz proveniente del comunicador le dijo:

—Felicitaciones, Ana Dieciséis. Ahora tienes tu octavo rincón; lo necesitarás para conspirar. Acércate a él y te diré cómo se usa.

© CARLOS MORALES, 2009.

CARLOS MORALES
(Argentina —Merlo, Buenos Aires, 1961—)

Traductor del inglés de obras de CF (algunas de ellas publicadas por La Factoría de Ideas), participa, para bien o para mal, en foros de literatura —donde busca impulsar una CF *hard* latinoamericana—. Acicateado por algunos amigos, se animó a escribir lo propio y en **NM 5**, por ejemplo, publicó *El huésped*.

LA TRAMA DEL VACÍO (O UNA ÚNICA VISIÓN TRIPLE SEGÚN SPINRAD, DELANY Y MALZBERG)

TERESA P. MIRA DE ECHEVERRÍA

Introducción

De los “entes” absolutos que pueblan nuestro universo físico, matemático, lingüístico, real o imaginario, el más complejo —quizá por su sencillez— es el *vacío*.

Y dicha complejidad arranca directamente con la categorización de “ente” dada al vacío.

El vacío no es un “ente”, ni siquiera posee “ser”; el vacío se presenta, en realidad, como hijo directo de la *Nada*.

Sin entidad, ni ser, ni realidad existencial, el vacío —esa suma de ceros— aparece (¿“aparece” realmente?, ¿o brilla por su ausencia?) como pura negatividad y, como tal, como un *absoluto*¹.

El vacío es, sin más, la ausencia.

Casi un juego de palabras

Lo absoluto es lo “totalmente suelto”²; lo que no depende de ninguna otra cosa para ser, más que de sí mismo (por oposición a lo relativo). Dicha categoría se reservó, históricamente, para entes paradójicos o singulares (p.ej., Dios posee el atributo de “Absoluto” por antonomasia).

Si lo Absoluto representa la plenitud en sí de Ser, y la Nada la plenitud del No-Ser, nos hallamos aquí ante un punto coyuntural no menor: ¿es que acaso hay diferencia?

¿Cuántos “absolutos” puede haber si el Absoluto es lo infinito, lo superior, lo último, lo *único*? ¿Acaso Ser y Nada son lo mismo (y acaso no lo son

¹ El vacío como “no realidad” podría ser hermano de la propia fantasía; pero siendo la fantasía algo... bien podría ser su contrapartida, y trocarse en la realidad.

² Según la etimología que lo proclama *ab-solutus*.

la luz y su ausencia, la oscuridad)? ¿No son aspectos contrapuestos de una misma realidad? ¿Cotas máximas y mínimas de la misma esencia?

Veamos. La plenitud del Ser, lo Absoluto, lo pleno, se presenta ante el hombre como “lo totalmente Otro” con respecto a él. Si el Ser es absoluto, el hombre es relativo; si el Ser es infinito, el hombre es finito, etcétera. ¿El nexa? Pues bien, la existencia del hombre participa del ser... y de la nada. Porque cada mengua respecto de la totalidad acaece por participación en la nada. Por ejemplo, si es el ser absoluto, ¿por qué el hombre, que participa de ese ser, no lo es también? Porque su otra participación en la nada quita —“carcome”— algo de esa plenitud y le deja al hombre sólo un trozo de ella: su limitada existencia. Nosotros “somos”, pero no somos “el Ser”, así que somos “No-Ser”, o sea que... ¿no somos?

Pues bien, hijos del Ser y la Nada, compuestos del barro y la sangre, la luz y la oscuridad de estos dos dioses de la existencia, los seres humanos nos debatimos en un tenue límite entre dos absolutos.

Sólo que no puede haber “dos” absolutos... sólo puede haber Uno.

No es de extrañar, pues, que en ciertas corrientes filosófico-religiosas de Oriente aquello que ocupa el lugar de la divinidad sea la pura Nada, mientras que en Occidente suele serlo el Todo o el Ser.

“Nirvana” como extinción del ser, o *ens a se* (el ser que es por sí mismo, el ser infinito) como totalidad del ser, el mismo misterio se viste de colores opuestos.

Cuando RUDOLF OTTO (1869-1937), en un célebre libro de principios del siglo pasado (*Die Heilige* —“Lo Santo”—, 1917), aborda el tema de la naturaleza de eso que el hombre —ya sea como Ser, ya sea como Nada— considera sagrado, lo describía como un “misterio fascinante y tremendo”, y es así como suele verse al vacío por excelencia: el de los abismales espacios interestelares e intergalácticos. Y es así como lo ven dos de los más refinados y profundos escritores de Ciencia Ficción (o Ficción Especulativa): NORMAN SPINRAD y SAMUEL RAY DELANY.

Nos referimos concretamente a dos novelas cortas (o cuentos largos —la *novella* estadounidense, que encaja entre la *novelette* y la *novel*—) cuyos ejes pivotean en un sustrato de pura vacuidad cósmica y anímica: *Riding the torch*, de SPINRAD (1974), y *The Star Pit*, de DELANY (1967), y entre ellas —como cuña y puente— se inserta la brillante y poderosa *A galaxy called Rome*, de BARRY N. MALZBERG (1975).

¿Y qué es lo que tienen estas obras en común, además de su genialidad y riqueza simbólica? Una estructura muy similar, basada en un juego de espejos dado entre la Nada interior que anida en el alma humana y la Nada exterior que lo rodea por completo, como un útero cósmico.

Vacío por todas partes

Los aproximadamente siete años que separan a estos escritores de la *New Wave* de la CF no obstan para hallar en ellos dos ejemplares concomitantes. Si *Riding the torch* (traducido como “Jinetes de la antorcha”) se centra en un formidable éxodo humano por los espacios interestelares, alejándose de un planeta devastado en pos de una brumosa y posiblemente inexistente Nueva Tierra prometida, *The star pit* (¿“El pozo estelar”?) hace hincapié en la vida en los límites galácticos, en la frontera misma del espacio regido por las estrellas y su cohorte de materia, con el océano inmenso e inimaginable de una Nada intergaláctica que sólo puede ser surcada por una elite: los enfermos mentales.

Ambos relatos colocan al hombre frente al vacío y frente a sus propios límites. A la potente idea de encierro y cárcel que propone DELANY (encerrados en nuestra galaxia, pese a su vastedad, y encerrados en nuestras propias mentes), SPINRAD le opone un sentimiento de desasosiego y desamparo, de abandono, de indefensión, tanto ante la vastedad del vacío cósmico, como ante la vastedad de la mente humana (en su primer paso como adulto “independiente” en el cosmos).

Claustrofobia *versus* agorafobia existenciales.

La piedra de toque frente a la cual el hombre rinde cuentas ante sí mismo es el vacío, la nada.

Pero cada autor considera, valora y simboliza al vacío de forma diversa.

Ante todo, tanto para SPINRAD —y más obviamente para él— como para DELANY el vacío “llama”. Podríamos hablar, entonces, de una verdadera “vocación del vacío”, ya que el término “vocación” proviene del latín *voco*, “llamar”.

Pero esta vocación es existencial, profunda; casi diríamos esencial. Implica la realización del hombre en su nihilización: ser uno con el vacío, vaciarse de todo y de sí, y sólo entonces, sin tenerse siquiera a sí mismo, saberse hombre y encontrar toda su fabulosa grandiosidad en eso: la Nada.

Pero veamos cómo pintan esta *nada* nuestros autores.

El vacío como defecto

Hundidos en una “inmensidad negra”, “abstracta”, “infinita” y “vertiginosa”, los últimos sobrevivientes de SPINRAD se lanzan a la búsqueda de un nuevo Edén que probablemente nunca encuentren, y su peregrinaje alcanza sentido cuando (internalizando esa nada que los rodea y comprime, aglutinándolos en una isla compacta de vida interconectada —los hombres y mujeres de *Riding de torch* se hallan mentalmente enlazados en una suerte de Internet mental: la *integración*—), comprenden que están solos y que su tarea no es hallar nuevas tierras, sino crearlas.

Esta nada mística de SPINRAD —un vacío que perfora a los hombres hasta tocar su corazón y descubrir allí más vacío— posee el peso de la soledad. Este vacío por defecto presiona por todos lados como un muro impenetrable a la vida y a la mente, y fuerza la Unicidad, la concentración de aquellos que la navegan.

Otra cosa aparece en la obra de DELANY. Allí los protagonistas intentan superar las invisibles y mortales barreras que mantienen al hombre en su isla galáctica; más allá del piélago negro del vacío está la maravilla, lo nuevo, lo totalmente “Otro”, pero, sobre todo, la libertad.

Si en SPINRAD el hombre está a punto de reconocer que para retornar al Paraíso perdido debe reconstruirlo, en DELANY Adán aún ansía la manzana.

Los hombres de *The star pit* se sienten hormigas en un frasco; viven, construyen y mueren en el estrecho margen que les proporcionan las dos hojas de cristal de su prisión galáctica. El vacío que “llena” el “más allá de toda estrella” repulsa la mente y la vida; quienes se internan más allá de los límites de la Vía Láctea enloquecen y mueren en forma proporcional a la distancia de huida.

La mente aborrece el vacío... pero el alma ansía la libertad (y la civilización, los nuevos bienes económicos).

Internarse en el vacío significa, en el cuento de DELANY, la *ruptura* de los marcos de pensamiento; la *Disgregación* mental. Aquí es la estructura *kosmica* (es decir, ordenadora) de la vida la que mantiene a la mente unificada, y el vacío, como indefinición absoluta, como caos total, sólo genera incoherencia, entropía; nada.

Como una inmensa muerte, el vacío rodea y llama al hombre, y su canto de sirena promete maravillas imposibles de ignorar, pero —más que nada— promete la máxima dignidad humana: romper el último límite que lo constriñe y ser, así, plena y puramente libre.

Pero, ¿quién es capaz de responder a semejante llamada? No parece probable que el hombre promedio se lance a los brazos del Vacío que SPINRAD y DELANY nos proponen.

En efecto, sólo un selecto grupo logra tal proeza. Según el primer autor, aquellos únicos capaces de romper el protector cerco multicolor de la interface de la migración (el límite plásmico visible que, como una burbuja, forman los motores de fusión de las naves antorcha en torno de la caravana) son los “sorbevacíos”; una suerte de casta de pilotos de avanzada, exploradores que se adelantan para recoger datos y planear el rumbo ciego de la migración en pos de su mítico destino. La descripción que mejor cuadra a estos hombres es “místicos”; verdaderos monjes del espacio que se unen al vacío como una forma de comunión existencial.

Ahora bien, DELANY no propone una casta sino un síndrome. Sólo los esquizofrénicos —aquellos cuyas mentes ya están desintegradas— pueden enfrentar el vacío y sobrevivirlo; son los “dorados”, los pilotos de naves de intercambio comercial que nos traen las exóticas especias de ese nuevo oriente transgaláctico, y que gozan de una libertad que ningún humano conoció jamás, pero que no pueden disfrutar en plenitud.

Sean religiosos u orates, estas castas representan a los “otros” respecto de la masa de gente promedio: los “sorbevacíos” viven al margen de la integración mental, aislados del resto, e incluso se los distingue por la vestimenta y sus modas; los “dorados”, enfermos mentales esquizoides y psicóticos, se pasean con sus insignias, reclamando o regalando propiedades a su antojo, y peleando entre ellos como fieras, a muerte, por cualquier zoncera. Temidos y admirados, caminan en el delgado límite que separa elite de gueto, elegidos de exiliados.

De un lado los locos (dorados); del otro, los “normales” (prisioneros de la galaxia): la fijeza de la cárcel.

De un lado los místicos (sorbevacíos); del otro, los “integrados” (alienados de sí mismos en la masa de la humanidad y sus modas): el movimiento de una carrera hacia ningún sitio.

El vacío como plenitud

Pero si hasta ahora hemos visto el vacío desde el punto de vista del defecto, veámoslo en su positividad.

En ambas obras se la presenta como un camino (“camino” en griego se dice *methodos*, “método”) para arribar tanto a un mundo nuevo, distinto (*The star pit*), como a un mundo prístino, original (*Riding the torch*). Tras el vacío de SPINRAD se halla el “Edén”; tras el de DELANY, el “cuerno de la abundancia”. En uno se marcha hacia el *arjé* —el “principio”—; en el otro, hacia el destino, el término último. Pero ambos presentan un tesoro al final de este arco iris incoloro.

Frente a estas posturas aparece BARRY N. MALZBERG y su “Galaxia llamada Roma” —porque todos los caminos conducen a ella, merced al agujero negro que constituye su corazón—. La nave de MALZBERG se mueve infinitamente en un pozo sin fondo: el vacío pleno de un agujero negro; el punto singular donde las leyes físicas colapsan; el hueco donde el Espacio se rompe y el Tiempo se detiene en un presente eterno (como aquel de *Gateway*, el “Pórtico” de FREDERIK POHL).

El vacío del agujero negro —como caos de ser y no-ser— adjunta el todo a la nada, transforma lo uno en lo otro, y MALZBERG logra sacar lo Mismo de lo Otro y lo Otro de lo Mismo en ese reino tras el espejo. Lo vivo transita la inercia de lo muerto, y los muertos del compartimiento de carga hablan en la mente de la capitana, llenos de una vida extraña y maloliente.

Si la protagonista atrapada en una caída infinita hacia Roma —el propio autor, por otra parte, se halla y se presenta a sí mismo como perdido en su arte de escribir— puede trocar alquímicamente vida y muerte en un *plenum* caótico, si las naves antorcha de SPINRAD generan un arco iris de energía mientras crean materia a partir de las migajas que le arrancan a la nada, si la humanidad de DELANY se alimenta de los tesoros que arrastra la marea del vacío hasta nuestras playas galácticas, entonces el vacío, la Nada, comienza a parecerse demasiado a la plenitud, al Todo.

“We’ve got to get in to get out...”³

Los “sorbevacíos” saben que el vacío que los rodea es gemelo del que habita en sus corazones (aquel ansia o anhelo que san AGUSTÍN colocaba como la firma de Dios en el hombre, su huella: lo infinito dentro nuestro).

Y quienes desearían poder ser “dorados” comprenden que la libertad que ansían en la vastedad del cosmos es un hambre que se arraiga dentro de su propio pecho.

La integración *spinradiana* de todas las mentes en la gran migración es una reacción frente a la soledad del vacío, que sólo logra alienación si no se produce un verdadero crecimiento interior. La superabundancia de bienes aísla a los humanos de la Vía Láctea *delanyana* en islas de egocentrismos vacíos.

Y, en el medio, el vacío como lo numinoso de OTTO una vez más: “tremendo”, para DELANY, “fascinante”, para SPINRAD, despedaza y atrae, aterriza y enamora. Sólo un hombre único, individual, plantado en sí (lo suficientemente solo ante sí mismo como para poder ser el embajador de toda la humanidad), puede hacerle frente y aprender y, en última instancia, hacerse uno con él.

El puente (Epílogo)

Para cierta rama de la Cábala o mística judía, desarrollada por ISAAC DE LURIA, el *tsimtsum* o “contracción” es la Acción/Ser de Dios, quien —al “contraerse”— hace sitio para la Nada. Aquello que queda cuando el Todo se retira, o sea, el mismo Dios como indeterminación, resulta una nada plena, o un todo equivalente al vacío.

Pero las tramas de las obras exigen un puente que una lo Otro con lo Mismo, y ambos lo tienen: Jofe D’mahl, el creador de “sensos” (una suerte de cine mental, donde se experimentan las sensaciones y el punto de vista del protagonista en carne propia), en SPINRAD, y Allegra, la muchachita telépata capaz de proyectar su mundo interior en la mente de los demás, en DELANY.

³ “Tenemos que entrar para salir...” (estribillo de *The carpet crawlers*, de PETER GABRIEL).

Estos dos personajes, cada uno en su trama, logran la proeza de comunicar lo incommunicable.

Ambos poseen el talento físico o espiritual de “crear”; sea como arte o como externación mental, Jofe D’mahl y Allegra son capaces de introducir —tanto en la realidad como en el vacío— la riqueza de una nueva clase de ser: la Imaginación.

Su función pontificia se basa en su carácter ambiguo y doble: D’mahl es un integrado que pasa por la experiencia mística de un “sorbevacíos” y Allegra una chica que cura las disfunciones de los “dorados” y descubre que ella misma lo es.

Los dos curan, sanan, abren los ojos a la verdad... Guían.

Entre el vacío y la vida se tienden estos dos seres sacrificiales, listos para urdir la trama de la nada y trocarla en materia de nueva vida, de nueva imaginación... al precio de sí mismos (vida o fama).

Sin duda, SPINRAD es el D’mahl que nos abre los ojos a una realidad sin límites, que cuestiona el propio sentido de nuestras vidas. Sin duda, DELANY es la Allegra que proyecta en nuestras mentes la magia caleidoscópica y terrible de su propia mente, empujándonos hasta los límites de nosotros mismos, para obligarnos a preguntarnos quiénes somos.

Ambos poseen el raro arte de crear mundos con su imaginación, a partir de la nada de nuestra condición humana...

Un arte que se completa en la visión de un MALZBERG —aquel que une, en una sola historia, su vida y su obra— capaz de navegar la misma Nada para extraer de su corazón las infinitas posibilidades del Ser y del Soñar...

El raro arte de la Ciencia Ficción.

© TERESA P. MIRA DE ECHEVERRÍA, 2009.

TERESA PILAR MIRA DE ECHEVERRÍA
(Argentina —Pilar, Buenos Aires, 1971—)

Doctora en Filosofía y apasionada por la ciencia ficción, en **NM** publicó *Fuerza laboral* (# 8) y *La canción de combate* (# 10).

SI NO SOY ESQUIMAL

DANIEL BARBIERI

Estaba de pie, temblando, en el angosto pasillo que unía los dos cubículos del lugar, que en su totalidad no tenía más de nueve metros cuadrados de superficie. Ambas habitaciones y el pasillo eran algo así como la parodia de una vivienda. El revestimiento de las paredes consistía en una sucesión de puertas falsas y cerradas, detrás de las cuales se adivinaba la dureza del concreto; el techo era un panel traslúcido de un metal indefinible que emanaba una claridad opaca y gaseosa; no había ventanas ni rejas, aunque sí un tragaluz pequeño, no más grande que una cabeza, ubicado cerca del techo y sobre el catre. El tragaluz era un vidrio encastrado, muy grueso; estirándose en puntas de pie sobre el catre y torciendo la cabeza podía ver a través de él una especie de patio interno, apenas un hueco, dominado por un crepúsculo invernal y constante, carente de todo signo de vida o movimiento.

Pero todo esto sólo lo fue advirtiendo poco a poco, pues la primera

sensación que tuvo —excluyente y abrumadora— fue la de estar encerrado en una cámara frigorífica. Se preguntó, tratando de conservar la calma, si su castigo sería morir congelado en esa celda subterránea; hasta que notó que su cuerpo no estaba frío, que el frío era algo interno sugerido, impuesto, por el lugar.

Se dispuso a resistir, tomó la determinación de no dejarse invadir por el condicionamiento que saturaba la celda. Repitió una y otra vez que un frío no físico era incapaz de dañarlo. Entretanto revisó el lugar detalladamente. Lo primero que buscó fue una cocina, algo que generara calor. Si bien uno de los cubículos estaba adaptado para utilizarse como cocina-comedor, carecía de artefactos para calentar. No había ultrasonidos, ni plancha, ni picos de gas. Halló sí un pequeño lavadero con una canilla, un vibrolimpiador de ropa y una mesa rebatible con una silla. Volvió sobre sus pasos y examinó el pasillo. De un lado las puertas falsas, del otro un armario,

al frente el dormitorio. Miró el techo, era más alto en el pasillo que en los cuartos; en ese espacio extra había un hueco, tal vez una baulera. Temblando examinó el dormitorio con más detenimiento. Un tercio de la superficie estaba ocupado por un camastro y una mesita de luz sin velador, sobre la pared opuesta, en el trecho de pared que dejaba libre la abertura del pasillo, había una ducha con puerta plegable (la probó; como era previsible, sólo tenía agua fría), y al lado de la mesita de luz había un retrete sin asiento. Eso era todo, más la enervante decoración de puertas y más puertas de estilos y tamaños disímiles, todas de madera pero tan sólidamente cerradas como si hubieran sido esculpidas en piedra.

Concluida la inspección aumentó la sensación de frío, que se instaló en su cerebro como un grueso anillo de hielo. Trató de ignorarla aislándose en sus propios pensamientos. No recordaba cómo ni por qué había llegado a ese lugar. Supuso que el olvido era parte del castigo... Pero ¿se trataba de un castigo? La respuesta vino sola: había algo más que frialdad en el ambiente, también estaba impregnado de un desasosiego indefinido, de una angustia que no llegaba a ser opresiva pero que permanecía como un zumbido monocorde, incesante. Eso y el ineludible frío eran suficiente para su concepto de castigo.

El camastro no tenía almohada; sólo una colchoneta y un cobertor. Buscó en el armario y no halló nada que sirviera de almohada. Resolvió

el problema enrollando el jergón por la cabecera, ya que era demasiado largo para el camastro, como si estuviese previsto ese uso. Por lo menos algo sabía con certeza: sus carceleros eran humanos o, al menos, conocían los hábitos humanos. La segunda posibilidad le pareció más terrible. No quería ser observado por un extraño zoólogo a través de ese maldito techo luminiscente. Se arrebujó en el catre, envolviéndose en la frazada áspera, buscando el calor que tanto le faltaba. Pronto la transpiración brotó de su cuerpo transido.

Sonó con una casa sumamente familiar y al mismo tiempo desconocida. Esa casa tenía un punto débil. Sólo una portezuela enclenque separaba la cocina del fondo abierto. Estaba en su cama cuando oyó ruidos más allá de la cocina, y caminó descalzo para ver qué pasaba. La luz de la cocina estaba encendida y dos bandidos metían en una bolsa los cubiertos. Lo vieron enseguida y sonrieron como si lo esperaran. Uno lo ató con una sogá mientras el otro afilaba un cuchillo aguzado, mirándolo de reojo.

Se despertó o creyó despertarse; temblaba. Al lado del camastro, de pie, había un inmenso gorila vestido con un extraño uniforme. El simio respiraba pesadamente y se mantenía inmóvil, mirándolo. La aparición lo dejó duro como un témpano.

Sin transición ni aviso el gorila desapareció. Entonces salió del camastro dificultosamente, obligando a su cuerpo envarado, y fue a la cocina, con la ilusoria idea de tomar algo caliente.

Cruzando el pasillo se le ocurrió mirar la baulera. El gorila estaba ahí, encuadrado como una valija, al parecer cómodo en tan reducido espacio.

Luisa estaba en la cocina, moviendo trastos, yendo de un extremo a otro del reducido recinto con la agilidad de su cuerpo delgado. No habló, aunque sí le dedicó una mirada huidiza.

Sobre la mesa abatible había una bandeja con comida y un vaso de agua. Se sentó y probó. El vaso contenía agua helada y la comida era una gelatina de limón. Luisa ya no estaba a la vista y tampoco la oía caminar por la otra habitación. En realidad no la había oído antes, cuando movía la vajilla.

Volvió al dormitorio. No había nadie allí, ni siquiera el gorila. Probó el retrete. No funcionaba con descarga de agua sino mediante un sistema automático de incineración. Lo que caía en el fondo de la taza se consumía hasta desaparecer, pero lo más notable era que el proceso generaba un leve calor nauseabundo, no más intenso que el de una lámpara eléctrica pequeña. El aparato tenía una inscripción apenas visible: "Sturgeon" y el símbolo de "marca registrada". Desesperado por un poco más de ese mezquino calor buscó algo para tirar al retrete, sin encontrarlo; no podía tirar cosas tan necesarias como sus ropas o la manta de la cama. Recordó la bandeja de la comida y la vajilla que había visto mover a Luisa. Fue a la cocina. La halló limpia y reluciente como una cámara frigorífica sin estrenar; la mesa abatible estaba otra vez plegada y no había cacharros ni vajilla en ninguna parte. Desalentado y ate-

rado comprendió que el extraño funcionamiento del retrete era una sutil y burlesca faceta del castigo.

Se sentó en el catre arropándose con la manta. Golpeó y forzó inútilmente las puertas falsas. Se asomó incontables veces al grueso tragaluz, viendo en todos los casos el mismo patio estrecho y gris, donde jamás revoloteaba una hoja seca, ni un papel viejo, ni un remolino de polvo.

Estimó que, en el supuesto de haberse despertado al amanecer, ya sería el mediodía. Pero la luz del techo permanecía inalterable y en el patio reinaba la misma claridad gélida. Tiritando, fue a la cocina. Sobre la mesa abatible, otra vez desplegada, había un pote plástico lleno de helado de crema.

Soñó una larga, irritante y estúpida discusión con Luisa. La calefacción no funcionaba y no encontraban la forma de reponerla; afuera hacía diez grados bajo cero y ambos temblaban bajo las ropas más gruesas que tenían. La pelea era incómoda e interminable como una indigestión. Una y otra vez dio vueltas en la cama buscando cambiar de sueño o despertarse. Con un tremendo esfuerzo logró salir del catre y ponerse de pie. Esta vez el gorila estaba escondido en la ducha. Los restos del sueño, como las olas de un océano polar, seguían sacudiéndolo en temblores sucesivos. Pero no era el sueño; era ese calabozo maldito el que lo sacudía con repetidas e inagotables sensaciones de frío.

Pensó en las creencias sobre el infierno que lograba recordar. La que más se amoldaba al caso era la de los

esquimales. Para ellos el infierno estaba en el cielo boreal; un lugar donde las almas sufrían un atroz, eterno e ineludible frío. Pero él no tenía nada de esquimal; podía ver su piel clara, arrancar sus cabellos rubios, casi adivinar su cara borrosamente reflejada en el vidrio del tragaluz. Y no era un alma descarnada; su cuerpo estaba con él, sufriente y vivo. No, no podía ser el infierno. ¿O sí? Tal vez las sensaciones corporales fuesen una ilusión tan perfecta como ese frío que lo atenazaba sin descanso.

Soñó que estaba en un presidio abandonado que seguía funcionan-

do por un programa automático, derruido e inexorable. Soñó que el programa se agotaba y que todas las puertas falsas se abrían; que salía de la celda y subía largas escaleras de cemento; que llegaba al exterior y recorría un campo salpicado de estructuras irreconocibles; que el perímetro del campo tenía un alambrado alto y electrificado, semicaído en un lugar; que temiendo el fulminante frío-calor de la electricidad, saltaba.

© DANIEL BARBIERI, 1987.



DANIEL BARBIERI

(Argentina —Buenos Aires, 1951-2004—)

Bajo este seudónimo escribía DANIEL CROCI, fundador del *fanzine* **Nuevomundo**, donde publicara *Vida artificial* (nº 1, reeditado en **NM** 3), *Él vendrá por mí a medianoche* (nº 2, reeditado en **NM** 1), *Nunca se sabe como empieza* (nº 5) y *Fuera de vuelta* (nº 7), los dos últimos incluidos como un único relato en la 4ª edición de *Un paseo con Gerónimo*, publicado por “Ediciones Turas Mór” (<http://ar.geocities.com/dagornar>).

En **NM** 9 también se reeditó *Condenado a muerte escapa*, escrito en colaboración con SANTIAGO OVIEDO, que apareciera por primera vez en *Clepsidra* 11.

Si no soy esquimal se incluyó en la antología “Fase uno” (Bs. As., Sinergia, 1987), compilada por SERGIO GAUT VEL HARTMAN, quien gentilmente autorizó esta reedición.

LA ESFERA DE CYRIL

MAGNUS DAGON

*Todo lo que puede ocurrir, ha de ocurrir (...).
En algún lugar hay un mundo donde todas las personas han hecho la elección adecuada,
la elección moral, la elección que maximizó la felicidad de las demás personas.
Por supuesto, eso también significa que algún otro lugar
son los restos humeantes en el que no...
(TERRY PRATCHETT, "La muerte y lo que viene después").*

El doctor Adlkaard asomó la cabeza tras la cortina de la sala de actos y comprobó que estaba abarrotada. La conferencia que había convocado iba a ser más multitudinaria de lo que pensaba. Se preguntó si su rocambolesco título, "Sobre las singularidades temporales esencialmente acotadas", había contribuido a ello. No le fue difícil concluir que no. A los otros científicos el título les daba igual, ellos sólo leían entre líneas. No estaban allí por él, sino por su padre. La sombra del éxito de su padre lo alcanzaba hasta más allá de su muerte. Nunca lo odió por ello ni discutieron una sola vez al respecto; no eran como los Bernoulli u otras familias de científicos mal avenidos, pero lo cierto era que Cyril Adlkaard había condenado a su hijo a los rumores y desprecios, aunque ésa nunca hubiera sido su intención.

Cuando se sintió preparado, el doctor Adlkaard salió a la palestra, como su padre muchas veces antes, y fue recibido con una fría oleada de aplausos. Se sentó junto a una mesa

de madera barnizada en exceso y miró a su alrededor. Todos los asientos del lugar estaban ocupados, llegando a haber gente de pie. No había estado en muchas conferencias ni seminarios, pero sabía que aquello no era ni mucho menos lo habitual. Carraspeó y se incorporó. La tensión, los nervios, todo eso había desaparecido. Ya sólo quedaba él y un inmenso vacío.

—Muchos de ustedes se preguntarán qué es lo que puedo ofrecer. Lo cierto es que, como suponían, estamos aquí para hablar de mi padre. No por primera y seguramente tampoco por última vez, pero no tengo duda de que será la ocasión más importante.

Adlkaard paró un momento y enfocó al infinito, donde ninguna mirada pudiera juzgarlo.

—Antes que ninguna otra cosa me gustaría decir que pueden interrumpirme las veces que necesiten. Esto no es una conferencia al uso. Creo que lo que tengo que enseñarles es tan importante que es mejor que nos pare-

mos a pensar en el uso que vamos a darle antes de entrar en complejos por menores técnicos.

Murmillos en la sala.

—Eso no quiere decir que no pueda contar ningún chiste, por supuesto.

Risas débiles. La situación se normalizó.

—Algunos de ustedes trabajaron con mi padre y conocían su obsesión por los campos de tiempo, obsesión que lo llevó a ser tachado de genio excéntrico. Insistía una y otra vez en que el tiempo era una corriente que se podía remontar si uno conocía los datos adecuados. Que era como si nuestros conocimientos de navegación se limitaran a construir una barca sin remos ni velas para dejarnos llevar. Muchos de ustedes dudaban de sus palabras, pues nunca trabajó con respecto a ello ni presentó resultado alguno. Yo mismo lo hice. Todos tenemos sueños imposibles y ése era el suyo, pensaba. Ahora, señores, comprendo que lo que mi padre estaba haciendo era comportarse con prudencia, como Einstein o Galileo.

Abrió el escritorio y sacó una bola de cristal que puso sobre la mesa. Su interior estaba lleno de circuitos compactos y tenía un botón disimulado en la parte inferior, gracias al cual se mantenía en reposo.

—Les presento la Esfera de Cyril. Él no la llamó así, claro, sino Esfera de Singularidades Próximas de Tercera Especie, pero he querido homenajearlo llamándola con su nombre.

Adlkaard observó a los presentes y pensó que, aunque siguiendo las costumbres de la comunidad científica hubiera sido más apropiada

do llamarla Esfera de Adlkaard, había hecho bien en esquivar la tradición para evitar que lo llamaran oportunista.

La esfera brilló con un tono iridiscente, como si irradiara luz propia.

—Funciona con energía solar acumulada, si alguien se lo está preguntando. Fue construida por mi padre a partir de esquemas que fue desarrollando en su cabeza, como él mismo me confesó antes de morir. Y, en esencia, hace lo que él tanto deseaba.

Murmillos. Muchos murmullos.

—Explíquese mejor —tronó una voz en las primeras filas. Adlkaard lo reconoció como uno de los muchos socios investigadores de su padre.

—Todos nos hemos hecho alguna vez la pregunta de qué hubiera pasado si hubiéramos tomado otras decisiones en momentos críticos de nuestra vida. En realidad eso ocurre porque pensamos que de ese modo cambiarían hechos muy importantes para nosotros, hechos influenciados por tal cambio de decisión. Pensamos en términos de alteraciones temporales, en términos ucrónicos, si se me permite decirlo. Este aparato funciona con esa idea, pero la aplica en sentido directo. Permite realizar el cambio en el tiempo que nosotros deseemos, siempre que éste sea físicamente posible. Siendo poético, la Esfera de Cyril otorga segundas oportunidades. Imaginen que ustedes van por la calle, mirando a un hombre que pasea un perro. La correa del animal se rompe y sale corriendo, lo que llama aún más su atención, tanto que no ven a otra persona que va hacia ustedes y se chocan con ella.

Nuestro pensamiento clásico sería razonar que, si el hombre hubiera comprado otra correa de mayor calidad, ésta no se hubiera roto y por lo tanto, al perder el interés por el perro, hubiéramos evitado el pequeño accidente. Pensamos en términos de causas y consecuencias. La Esfera de Cyril simplifica la idea.

Paró un momento para beber. Nadie hablaba, nadie preguntó nada. Todos lo escuchaban, expresando un mosaico de emociones contradictorias.

—La Esfera de Cyril registra todas las posibilidades y escoge la que cambia lo que nosotros deseemos, al tiempo que minimiza las alteraciones necesarias para ello. Escoge la ruta más corta para navegar hacia nuestro objetivo, y todo ello sin entorpecer a otros barcos. Destruye y controla la teoría del caos, reemplazando nuestra realidad temporal por otra donde el cambio global es tan pequeño como queramos, y todo ello cumpliendo con lo solicitado. En el ejemplo, tal vez reemplazaría esa situación por otra donde otra circunstancia, el vuelo cercano de una mariposa por ejemplo, llamaría su atención al frente, de modo que vería a la persona a tiempo de evitar chocar con ella.

—Pero cambiar la trayectoria de vuelo de una mariposa podría provocar múltiples alteraciones futuras —objetó una mujer joven de repente.

—Así es, pero de ocurrir tal cosa la Esfera de Cyril no hubiera realizado el reemplazo. Y del mismo modo que por circunstancias aleatorias

pequeños cambios pueden producir grandes cambios, también es posible que pequeños cambios produzcan pequeños cambios. Ésas son las medidas alternativas con las que la Esfera de Cyril trabaja.

Otro hombre levantó la mano. Sus ojos eran duros como piedras y quedaba a las claras que no era un científico. Adlkaard se inquietó. No le gustaba aquella mirada. Pero aun así lo escuchó.

—Haga una demostración.

La sala se llenó de murmullos de aprobación y cabezas que asentían.

—Puedo hacerla, pero por desgracia sería en vano.

—¿Por qué dice eso? —preguntó otro hombre, otro antiguo colega de su padre.

—Mi padre, según me dijo en su lecho de muerte, fue capaz de demostrar en términos matemáticos que uno de los pequeños cambios que siempre debe producirse es que se olvide la realidad preexistente. En efecto, si lo piensan un momento, es lógico que así sea, pues nuestro conocimiento de que el mundo ha sido alterado produciría una considerable perturbación de orden polinomial, según sus cálculos. Los cambios producidos por la Esfera de Cyril son, sin embargo, de orden exponencial negativo. Es decir que, tras un intervalo de tiempo muy pequeño, las alteraciones colaterales regresan a su cauce. Conocer con total seguridad en qué ha cambiado el pasado separaría las ramas en vez de unificarlas.

—¿Ha usado entonces el aparato o no? —preguntó el hombre con la mirada pétrea.

—Eso es lo que trato de decirles. No estoy seguro. Si lo he usado, no lo recuerdo.

De nuevo murmullos, cada vez más elevados.

—Entonces es imposible saber si el aparato de su padre funciona o nos está tomando el pelo —comentó un anciano sentado en un lateral. A Adlkaard le sonaba haberle visto por su casa cuando él era pequeño.

—En términos empíricos, sí. Pero la realidad es más alentadora. Todo lo que hemos hablado es en términos teóricos. El radio de alcance de la Esfera de Cyril es tan grande como su capacidad de memoria, detección y almacenamiento energético. El de ésta —señaló el objeto— ocupa toda la sala. Por otro lado, la Esfera de Cyril sólo puede alterar una situación si estuvo allí en el momento en que sucedió, para que sus múltiples sensores la analizaran en todas sus variantes. Esta esfera, señores, lleva un año aquí, gracias al permiso del director de conferencias.

Adlkaard se levantó y retiró una baldosa del suelo.

—Concretamente, bajo esta baldosa de acero inoxidable. Ahora, por favor, piensen en acontecimientos importantes que se dieran en esta sala en el último año.

Nadie dudó en mencionarlo. Las voces se mezclaron como en una mesa de pistas.

—En efecto —prosiguió Adlkaard por encima del ruido de fondo—. El terremoto que arrasó media ciudad. Señor director, ¿qué pasó en esta sala?

El director de conferencias se levantó, subió a la palestra y tomó la palabra.

—El techo se derrumbó sobre los presentes, siendo yo uno de ellos. Cerré los ojos y cuando los abrí toda clase de cascotes y vigas retorcidas rodeaban el lugar en el que me encontraba. Lo mismo sucedió con todos los demás ocupantes de la sala.

—¿Qué ocurrió con los que estaban en los pasillos y salas colindantes?

—No tuvieron tanta suerte.

—Gracias, director —El hombre volvió a su asiento cercano—. De modo que todos los que aquí estaban sobrevivieron, y sólo ellos. La probabilidad de que eso ocurra, en cifras gruesas, es de una entre millones. Todos los que sobrevivieron estaban en el radio de acción teórico de la Esfera de Cyril. Ninguno de los que murieron lo estaba.

Silencio. La incredulidad llenó la sala.

—¿Por qué no lo usó su padre en beneficio propio?

—Es posible que así fuera, dada su gran carrera científica. Por otro lado, murió a la edad de ciento tres años, y me aventuro a decir que era biológicamente imposible que viviera un solo día más, al menos en esta época que nos ha tocado vivir.

Adlkaard esperó a que el ruido de fondo cesara una vez más para continuar.

—De modo que, señores, estamos ante un objeto que puede significar un gran comienzo en la historia de la humanidad. Un gran escritor dijo una vez que, si existen realidades

paralelas, entonces existe una donde todo lo bueno que puede suceder, sucede. La Esfera de Cyril, si es correctamente implantada y usada, puede servir para crear un paraíso, un mundo donde los errores se pueden subsanar, los agravios y sufrimientos se pueden olvidar e incluso la muerte se puede esquivar. Eliminar los crímenes y asesinatos, crisis matrimoniales, decisiones apresuradas. El arrepentimiento nunca más sería un problema, ni la culpa por lo no hecho. Podría pasar que la Esfera de Cyril se rompiera, como de hecho pudo haber ocurrido en el terremoto, pero si se toma la precaución de juntar más de una, no sólo se puede seguir echando marcha atrás, incluso podríamos recomponer la esfera destruida. Técnicamente, cambiar a una realidad donde nunca se destruyó.

El anciano del lateral se levantó de nuevo.

—Este gran escritor —afirmó con severidad— también conjeturó que existiría una realidad paralela donde todo lo malo que puede suceder, sucede. Un infierno. Ese infierno también es posible con su esfera.

La sala calló, meditando lo que el anciano acababa de decir. Adlkaard bajó la cabeza entristecido. Luego miró al hombre de ojos pétreos. Parecía más interesado en la conferencia que nunca.

—Ese infierno, en efecto, puede existir, pero no es la Esfera de Cyril quien lo crea, sino nosotros y nuestra irresponsabilidad. Éste es un gran invento y, como todos ellos, tiene potencial para el bien y para el mal.

—¿Qué sugiere entonces que hagamos? ¿Que distribuyamos este invento por el mundo y luego nos sentemos a ver qué ocurre? ¿Que eduquemos antes a la gente para su buen uso?

Adlkaard tardó en responder.

—Ojalá fuera capaz de responderle —dijo, siendo apenas escuchado por los oyentes de primera fila.

Una vez que terminó la conferencia y todo el mundo se estaba marchando, Adlkaard le pidió permiso al director para quedarse allí un rato más con las puertas cerradas. Miró a la Esfera de Cyril, operativa gracias a la energía residual almacenada durante el día, y suspiró. Las palabras de aquel anciano retumbaban en su cabeza, y tuvo miedo de que tuviera razón. Tal vez no estaban preparados para tanto poder. El microcosmos de gente que estuvo en la conferencia así parecía aseverarlo. El hombre que preguntó si su padre había usado el aparato en provecho propio... Era muy probable que lo preguntara porque así hubiera hecho él. Incluso había indicios muy serios de que así lo había hecho su padre... aunque parecía que no dañaba a nadie por haber obrado así. De todos modos, reflexionó, con la Esfera de Cyril no era algo fácil de corroborar. Tal vez él mismo había hecho lo propio sin saberlo.

Por otro lado recordó al hombre de la mirada de piedra. Pensó en un monstruo en potencia, alguien ávido de poder y control sobre los demás, y pensó qué podría hacer dicha persona llevando siempre consigo una

Esfera de Cyril. Pensó en varias personas así y en las guerras que se producirían entre ellas, llegando a alterar la realidad para matarse entre ellas; más aún, sin siquiera ser conscientes de haberlo hecho y, por tanto, sin culpa alguna por ello, como él mismo había remarcado en su discurso en otro sentido, más positivo.

Miró de nuevo la esfera, pero más fijamente. Había tomado una decisión, y por mucho que le doliera tenía que seguir adelante con ella. Era como pedirle al genio de la lámpara que no concediera más deseos, como destruir la caja de Pandora sin abrirla una segunda vez.

Pronunció la orden verbal y apretó la esfera. El botón cedió y acto seguido, sin ningún ruido, se fragmentó en varios pedazos. Adlkaard no dejó de mirarlos. No reaccionó.

El director entró en la sala.

—La conferencia sobre la vida de tu padre ha ido bien —comentó en lo que cerraba. Se acercó a la mesa y miró los restos de la esfera—. ¿Otra vez pensando en ello? —comentó.

—No dejo de pensarlo. ¿Y si hubiera funcionado? ¿Y si de hecho funcionó?

El director de conferencias puso su mano sobre el hombro de Adlkaard.

—Tu padre era un genio, pero hasta los genios pueden permitirse tener sueños irrealizables.

—Si no se hubiera roto días después del terremoto... ni siquiera llegué a usarlo...

El director recordó el día en que el techo se desplomó sobre su cabeza y salió ileso. Recordó mirar a su alrededor y ver a los demás en la misma situación que él. Sabía que, aunque improbable, aquello era posible, pero le gustaba fantasear e imaginarse que le debía la vida a la ciencia.

—Tal vez lo usaste, hijo, tal vez lo usaste.

Se fue de allí y cerró la puerta, permitiendo a Adlkaard reflexionar en soledad.

© MAGNUS DAGON, 2009.

MAGNUS DAGON
(España —Madrid, 1981—)

En **NM 11** apareció *Juegos de manipulación*. Antes de adoptar su actual *nom de plume*, MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ MUÑOZ Había publicado *El Soldado Desconocido* (# 2) y "*Nergum Astrum*" (# 6).

En <http://www.magnusdagon.com/> puede accederse a más información con respecto a su producción y trayectoria.

LA ÚLTIMA FRONTERA

JUAN M. VALITUTTI

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Gene —dijo él—. Gene... Roddenberry.

—¿Gene Roddenberry? —Ella frunció el entrecejo—. Yo soy Majel Barrett... Roddenberry.

Se miraron a los ojos hasta que les dio vergüenza.

Se encontraban en un inmenso jardín. Estaban desnudos, uno frente al otro.

—¡Míralos! —dijo él—. ¡Ahí están! —Tomó de la mano a la mujer—. ¡Ven, escondámonos! ¿No ves que estamos desnudos?

Los dos corrieron a esconderse detrás de una espesura.

Se acucillaron uno al lado del otro, y espionaron por encima de unos arbustos.

—Es curioso —continuó él—. Nunca había tomado conciencia de mi desnudez; no hasta ahora. Simplemente pensé que estaba desnudo... y, bueno, ¡lo estoy!

—No te extrañes —acotó ella—. Ellos me dijeron que esto pasaría.

—¿Ellos te dijeron? —El macho estaba desconcertado—. ¿Qué es lo que te dijeron? ¿Cuándo?

—¡Oye, tómatelo con calma! —rió la hembra—. Esto también es nuevo para mí, ¿sabes? No puedo precisar cuándo fue que me lo transmitieron; tampoco sé si utilizaron palabras como las que tú y yo conocemos; pero sé que me comunicaron que nuestros ojos se abrirían con el paso del tiempo, y que comprenderíamos. —La hembra se incorporó a medias, y echó un vistazo por encima de los arbustos—. Ahí están... Son muy pequeños, ¿verdad? ¡Y esas cabezas tan enormes que tienen, y esos ojos tan negros y redondos! Creo que los llamaré... extraterrestres. —Se arrimó nuevamente a su compañero—. ¿Qué te parece? “¡Extraterrestres!”.

El macho, que respondía al nombre de Gene Roddenberry, permaneció pensativo.

—¿Extraterrestres? —Repitió la palabra para sus adentros—. Creo que yo he tenido, en alguna oportunidad, contacto con... extraterrestres.

Majel Barrett de Roddenberry miró a su compañero con renovado interés.

—¿En serio? —La duda veló su rostro—. ¿Cuándo?

—Como tú, no puedo precisar cuándo... pero sé que lo he tenido. —Miró a la hembra—. Además, se otras cosas que *Ellos* me comunicaron.

—¿Las urnas? —inquirió la mujer.

Gene Roddenberry abrió mucho los ojos.

—¿Lo sabes?

—¡Oh, por supuesto que sí! —dijo Majel—. Es parte del proceso, creo. Conocer nuestro origen, el lugar de donde procedemos: el espacio...

—Así es, el espacio. —Roddenberry sopesó sus palabras—. El espacio es algo así como la última frontera, ¿no? —Miró a su compañera—. Dicen que procedemos del espacio... ¡Oye, creo que nosotros somos los extraterrestres!

Majel soltó una risita.

—Procedemos de un planeta llamado Tierra —afirmó la mujer—. *Ellos* dicen que vivimos y morimos allí... hace ya mucho tiempo.

—Siglos, aseguran —completó él.

—Y que nuestros restos mortales cruzaron el espacio insondable en unas urnas especialmente preparadas.

—¡Sí! —dijo Gene Roddenberry, entusiasmado—. ¡Y los cabezones ojudos encontraron nuestros restos a la deriva, y...!

—¿Cabezones ojudos? —Majel reía.

—Así es —continuó Gene—. *Ellos* encontraron nuestros restos y

nos... reconstituyeron, ¿no? ¿Se dice así? —El macho se mordía los labios—. Bueno, es algo difícil de explicar...

—Yo lo encuentro bastante lógico —dijo Majel, con aires de superioridad.

—¿Lógico? —Roddenberry frunció el ceño—. ¡Oye! Acabo de recordar algo... ¡El nombre de mi mano derecha!

—¿Quién?

—Mi mano derecha... Creo que se llamaba... ¿Spock? —El rostro de Roddenberry se iluminó—. ¡Sí, eso es! ¡Nimoy Spock! —Roddenberry miró a la mujer—. ¿Sabes? Yo era capitán... Es decir, fui el capitán de una nave espacial... ¡*USS Enterprise*, se llamaba!

—Y dime, capitán, qué papel jugaba *yo* en *tu* vida, ¿eh?

Roddenberry miró el rostro atento de Majel.

—Bueno... —comenzó a decir, pero se interrumpió: algo ocurría con los extraterrestres—. ¡Silencio! ¡Mira!

Se ocultaron un poco más tras los arbustos.

Uno de los pequeños adelantó su gran cabeza y salió a la intemperie.

Se acercó al claro, justo frente a los ocultos observadores, y depositó un paquete sobre el ralo césped.

Entonces se retiró, con un trotecillo ridículo.

—Primero las damas —aventuró Gene.

—¿Qué?

—Era una expresión, allá en la Tierra: el varón le cede...

—¡Sé lo que quiere decir!

Roddenberry se turbó.

—Disculpa; no pensé... ¡Ey, Majel, vuelve!

La hembra se aventuraba fuera del escondite.

Roddenberry la vio llegar hasta donde estaba el paquete; de inmediato, la vio inclinarse y tomar algo del suelo, y la vio llevárselo a la boca.

—¡Oye! ¡Ten cuidado! —le advirtió.

Majel se volvió. Tenía una manzana en sus manos.

—¡Tengo hambre! —Le tendió una manzana—. ¿Quieres? Hay dos.

Roddenberry salió a descubierto y, ocultando sus partes lo mejor que pudo, atravesó el solar, visiblemente avergonzado.

Majel se echó a reír.

—¡Qué niño eres! —observó—. ¡Come!

Le tendió la manzana.

—Estaba pensando... —comenzó Gene.

—¡Enhorabuena, amigo! —Majel mordió su manzana.

—Dame una oportunidad, ¿quieres? —Roddenberry esbozó una sonrisa—. ¿Te das cuenta que éste es un nuevo comienzo? Para la Humanidad, quiero decir...

—¡Por supuesto! —Majel hincó el diente en su manzana—. Hemos llegado a donde nadie ha llegado antes, para encontrarnos... con nosotros mismos.—Majel masticó pensativa su manzana—. Creo que me debes una respuesta, ¿no es cierto, capitán? ¿Qué papel juego yo en tu vida? ¿O es que sólo tienes ojos para tu *Enterprise*?

Roddenberry miró a la hembra, miró sus formas, y luego desvió la

vista y la posó en los dos extraterrestres.

Los pequeños... ¡sonreían e intercambiaban un cuchicheo divertido!

—¡Oigan! —gruñó Roddenberry—. ¿Qué tanto miran, eh?

Las lampiñas y enormes cabezas se esfumaron como por arte de magia.

—¿Qué se creen...? —masculló el indignado macho, al tiempo que volvía la atención sobre su compañera. La vio de espaldas a él, atisbando algo en el horizonte, más allá de una cascada—. ¡Majel! —Roddenberry se le acercó—. ¿Qué es lo que...?

El macho trastabilló y enmudeció de golpe.

—¡Oye! —dijo tan pronto se recuperó—. ¿Quiénes son éstos?

Un grupo bastante numeroso de seres humanos, varones y mujeres, desnudos como ellos, se recortaba en el atardecer del paisaje.

Bajaban la cuesta de una colina, alegres y expectantes.

Alguno levantó la mano para saludar a la distante pareja de observadores.

—Hubo otros, desde luego... —surró Majel, y mordió el último bocado de su manzana.

—¿Otros? —Gene miró a Majel—. ¿Cómo, *otros*? ¿Viajeros, quienes decir? ¿Como nosotros?

—Ellos me lo dijeron —afirmó la hembra—. No mucho tiempo después de que tú y yo partiéramos, se alistaron otras urnas... —Ahora Majel miraba a Gene—. No estamos solos, ¿sabes? —Majel, divertida, le tendió la mano al sorprendido macho—. ¿Y bien, capitán? ¿Vamos al encuentro

de los “otros”? —Comenzaron a caminar en dirección al grupo, tomados de la mano—. Y, con un poco de suerte —continuó la hembra—, quizá puedas contarme de una vez por todas qué planes tienes para mí...

Roddenberry apretó la mano de Majel.

—De acuerdo, señora... —dijo, y miró a la distancia—. Supongo que la *USS Enterprise* puede esperar...

Se fundieron amistosamente con la marea humana que le tendía los brazos en son de bienvenida.

IN MEMÓRIAM
GENE Y MAJEL BARRETT RODDENBERRY
&
STAR TREK

¡LARGA VIDA Y PROSPERIDAD!

© JUAN M. VALITUTTI, 2009.



JUAN MANUEL VALITUTTI
(Argentina —Buenos Aires, 1971—)

Docente y escritor, al tiempo que prepara su *blog* “Crónicas del caminante”, publicó cuentos en diversos *e-zines* (**Axxón**, **NGC 3660**, **Club Bizarro**) y en revistas del medio (**Sensación** y **Aventurama**).

En **NM** colaboró con *Una flor* (# 11).

HORIZONTE PERDIDO

CLAUDIO BIONDINO

...Su nombre es legión, su forma proteica, por la misma forma caprichosa del despecho humano, que constituye el corrosivo último de toda racionalidad...
(VÍCTOR TURNER, "La selva de los símbolos").

I

El viejo Falcon gris plata, ahora un poco más oscuro por el polvo del camino, quemaba distancias en dirección al Sur. Zelaya no sabía en qué ruta estaba; tampoco en qué provincia. El colapso se había llevado consigo casi todo signo de civilización, incluyendo los carteles camineros, y él no tuvo tiempo para conseguir un mapa antes de escapar de la ciudad. *Ja, como si hubiera tenido tiempo para algo.* Pero eso no le interesaba. Lo único importante era seguir hacia el Sur. El cielo y la brújula le mostraban todo lo que necesitaba saber por el momento.

La llanura pampeana era una película verde y monótona —*un último capricho del cine experimental*—, proyectada sobre el parabrisas del coche para su único espectador. Aburrido por la falta de argumento y hasta de personajes, Zelaya esperaba que, por lo menos, el horizonte trajera consigo un final feliz. *No, no había finales felices en el cine experimental.* Sonrió

con amargura y encendió un cigarrillo. Tanteó entre los cedés del bolso que llevaba en el asiento del acompañante y, sin quitar la vista de la película, se dispuso a escuchar uno. *Aunque sea vamos a ponerle banda de sonido a este bodrio.* Un compilado casero de Sumo: "Mejor no hablar (de ciertas cosas)".

*Una mujer, una mujer atrás,
una mujer atrás de un vidrio empañado.
Pero no, mejor no hablar
de ciertas cosas.
No, mejor no hablar
de ciertas cosas.*

La voz entre burlona y enfurecida de Luca llenaba el paisaje campestre con una especie de alegría suicida. Por detrás del vidrio empañado apareció la imagen de Mariana. *Un tornado arrasó a mi ciudad.* Zelaya pisó el acelerador.

*Un tornado, un tornado,
un tornado...
Un tornado arrasó a mi ciudad
y a mí jardín primitivo.
Un tornado arrasó a tu ciudad
y a tu jardín primitivo.*

*Pero no, mejor no hablar
de ciertas cosas.
No, mejor no hablar
de ciertas cosas.*

Cierto, a veces es mejor callarse. La licenciatura en historia no lo habilitaba para hablar con libertad. Se dio cuenta un poco tarde, cuando sus opiniones políticas pesaron más que su excelente currículum y fue expulsado del ámbito académico. Una elegante patada en el culo, pero patada en el culo al fin. ¿El anarco de Zelaya tratando de enseñar historia argentina? Si habré sido boludo. De todos modos, el mundo se había ido a la mierda mucho antes de lo pensado. Y había empezado por los márgenes. Tampoco los enemigos de Zelaya tenían lugar ahora en la Academia, sencillamente porque no había más academias, ni universidades, ni nada. La guerra llegó y se tragó al mundo, con ideas y todo. Track dos: "Divididos por la felicidad".

*Yo siempre ando rompiendo vasos
en los cuartos de otra gente,
siempre levantando tumbas
de otra gente.
No importa lo que existió
hace pocos años,
los días felices se quebraron,
pero así es la vida.*

Los buenos tiempos se habían ido. Mucha gente no terminó de comprenderlo hasta la época de la censura informática, un par de años atrás. Entonces el silencio del mundo no dejó lugar a dudas: era el silencio de la agonía. Cuando a los yanquis se les empezó a ir el imperio de las manos, no reconocieron más aliados en nin-

guna parte. Salieron como locos enfurecidos a tratar de contener lo incontenible por la fuerza. Si uno se fiaba de las últimas noticias, anteriores a la censura, parecía que los chinos estaban logrando una nueva hegemonía global. Pero después no se supo nada más. Los marines norteamericanos, asentados en Buenos Aires y en el norte del país, no eran muy comunicativos con la población local. Y menos comunicativo aún era el gobierno títere que habían puesto. El mundo, de todos modos, aguantó un tiempo más. Por lo menos el mundo de los otros; el de Zelaya estalló en mil pedazos cuando Mariana se abrió las venas en la bañera, dejándolo solo para hacerle frente al derumbe final.

*Qué buenos tiempos,
qué hermosos tiempos,
qué buenos tiempos
pero qué soledad.*

Era imposible saber si la guerra continuaba o si los chinos y los yanquis ya se estaban repartiendo los pedazos del mundo que quedaban en pie. Las noticias jamás reaparecieron, ni siquiera manipuladas. *El regreso al imperio del rumor. Ja, para un historiador debería ser más fácil adaptarse.* Y, siguiendo los rumores, muchos habían huido hacia el Sur. En la ciudad se decía que no había marines por allá.

Cuando terminó la música, la película experimental se permitió una pequeña variación: un caserío que se dejaba entrever a la distancia; una tenue columna de humo que delataba la presencia de gente. *Menos mal que*

hay vida por acá. La pobre chatarra necesita nafta y una revisión general. Esperemos que sean amigables. Zelaya avanzó con cautela hacia el poblado, pensando en la nueve milímetros que llevaba, cargada, en la guantera del auto. De todos modos, nunca había usado un arma y no creía poder hacerlo aunque se encontrara en peligro. Como mucho, quizá se animara a utilizarla para asustar a alguien si era atacado.

Miró hacia todas partes, atento a cualquier posible amenaza, y notó por primera vez el cambio en el escenario de la película: la tierra y el cielo se fundían, a lo lejos, en un *continuum* que iba del verde al celeste. Muchas cosas se habían ido por el pozo sin fondo del pasado, pero esto ya era demasiado para Zelaya. El horizonte también había desaparecido.

II

El caserío parecía haber soportado la crisis bastante bien. Zelaya se alegró cuando las fachadas de casas y galpones ocultaron la imagen del horizonte difuso. ¿Sería alguna clase de ilusión óptica, o los yanquis estarían utilizando sustancias alucinógenas en la región? Como fuera, esas preguntas tendrían que esperar; ya estaba entrando en el poblado. La estación de tren estaba abandonada, por supuesto. Más allá había un taller mecánico con un surtidor de nafta —*por fin una buena*—, un restaurante, un motel, un centro acopiador de cereales y varias casitas bien cuidadas. Hasta tenían un cartel para presentarse ante el mundo: “Parador”. Era

evidente que estas personas habían sabido cómo arreglárselas en tiempos difíciles. Debían de estar insertos en algún tipo de subsistema económico aún en funcionamiento. Zelaya estacionó frente al taller.

—Linda la chatarra que me trae, ¿eh, jefe? —dijo un chico de overol engrasado que salió a recibirlo. No tendría más de dieciocho años.

Zelaya se puso tenso inmediatamente. Era muy extraño que tomaran su llegada con naturalidad, teniendo en cuenta el peligro de los saqueadores. Pero la expresión del mecánico parecía tan amigable como su bienvenida. Todo se veía muy tranquilo, y él necesitaba desesperadamente un poco de normalidad. Bajó del auto deseando que su vida anterior no hubiera sido más que una pesadilla. Sin embargo, no se olvidó guardar la pistola en el bolsillo.

—Es un coche muy viejo, sí —dijo sonriendo—. Pero se ve que está mejorado, porque aguanta la ruta bastante bien.

El chico tocó el capó casi con reverencia. —Un Ford Falcon. No se ven muchos de éstos por ahí, ¿eh? ¿Tiene algún problema en especial?

—No, pero quisiera llenar el tanque, y le vendría bien una revisión general. No me gustaría quedarme en la ruta con las cosas como están ahora. También quiero comprar unos bidones de nafta.

—¡Ah! No se preocupe, jefe. Se lo voy a dejar hecho una joyita. Y nafta por ahora tenemos de sobra. Las cosas no andan tan mal por acá.

—Entonces es cierto —dijo Zelaya, con ganas de creerle.

—¿Qué cosa? —preguntó el mecánico.

—Que hacia el Sur las cosas están mejor.

—Eso no sabría decirle. La gente viene preocupada por los dos rumbos.

Zelaya se sobresaltó. Si los refugiados llegaban también desde el Sur, entonces ya no había dónde esconderse del desastre general.

—Bueno —dijo—, creo que me voy a quedar hasta mañana, así que te lo dejo.

—Queda en buenas manos, maestro. Mañana por la mañana se lo tengo listo.

—Ah, che, pibe, una cosa más. ¿Me podés decir en qué provincia estamos?

El chico se lo quedó mirando, pensativo, y al final dijo: —Bueno, que yo sepa, estamos en la Frontera.

—¿Qué frontera? ¿Entre Buenos Aires y La Pampa?

—No sé, acá es solamente la Frontera. Capaz que entre el Norte y el Sur, pero no estoy seguro.

Zelaya se alejó del taller sin ganas de volver a preguntar a nadie dónde estaba, por miedo a recibir la misma respuesta. Caminó hasta el motel, abrió la puerta pidiendo permiso y encontró a una mujer en la recepción. Aparentaba unos cincuenta años, pero su aspecto era demasiado saludable. Cuando sonrió para recibirlo, Zelaya notó que tenía la dentadura completa.

—Buenos días, señor —saludó la recepcionista—. ¿En qué puedo servirle?

—Quisiera alquilar una habitación, por una noche.

—Cómo no. ¿Simple o doble?

—Simple, por favor. ¿Cuánto sería? Le voy a pagar por adelantado.

—Un dólar.

—¡¿Cuánto?! —Zelaya retrocedió casi hasta la puerta. La mujer lo miró asustada—. Perdone, es que...

—¿Le parece demasiado?

—¡No! No, perdone que me asombre. Es que es muy barata... Quiero decir, es muy económico.

La mujer volvió a sonreír mostrando sus dientes blancos.

¡Mierda! ¿Qué es esto? ¿Un pueblo de caníbales? De ésta no me salva ni la Bersa.

—En El Parador estamos orgullosos de nuestros precios. Los más económicos de la zona. Lo único que le pido es su nombre y su documento, para registrarlo.

Caníbales y burócratas. ¿Quién los va a venir a controlar ahora?

—Roberto Zelaya —dijo, y le dio su DNI.

La habitación era pequeña, pero estaba limpia y ordenada. Tuvo que reconocer que El Parador era un lugar agradable. Un descanso en medio del infierno. No quería torturarse añorando el pasado, pero fue inevitable que esa isla de tranquilidad lo llevara a recordar otros viajes en auto, otros hoteles, otros tiempos en los que vagaba por el país junto a Mariana. Tiró el bolso en una silla y se dejó caer sobre la cama. Las lágrimas contenidas por mucho tiempo se le escaparon a borbotones. A pesar de sus temores, sintió que el lugar lo contenía. Allí estaba permitido relajar el cuerpo, abandonar la

sensación de alerta constante, llorar como un niño a la espera de que su madre viniera a consolarlo. *No, nadie va a llamar a la puerta para preguntarme cómo estoy. No puedo caer en esto.* Se levantó bruscamente y se lavó la cara con agua fría. El espejo del baño le devolvió una imagen desalentadora. Antes, al verse así, no habría dudado en llamar al médico. *Antes. Ahora no hay nadie a quien llamar. Metétele en la cabeza, Zelaya. Tenés que arreglártelas solo.* Ya tenía mucha práctica en reprimir la bronca y la angustia. En este lugar iba a ser más difícil, pero no imposible. Lo mejor era ponerse en actividad.

Después de darse una ducha caliente, lavó la ropa y la colgó en la soga que había en el patio del motel. Más tarde salió a la calle y decidió ir al restaurante, esperando que tuvieran algo decente para comer. Caminó despacio, contemplando los árboles y las casas pobres pero de buen aspecto. Unos chicos pasaron corriendo a su lado. *Ja, quién me iba a decir que alguna vez volvería a ver chicos jugando.* El restaurante estaba frente a la ruta. Entró y se sentó a una mesa junto a la ventana. Allí encontró las primeras miradas de extrañeza ante su presencia. Pero no eran miradas hostiles, sino más bien curiosas. Parecían ser trabajadores rurales, no acostumbrados al trato con viajeros extravagantes, como sí lo estaban el mecánico y la mujer del motel. *Claro. Y llego yo, un cuarentón de pelo largo, barbudo y con campera de cuero. Toda una reliquia, casi tan antiguo como la música que me*

gusta. No deben haber visto algo así ni en fotos.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días, caballero —dijo el encargado—, ¿qué se va a servir? Le recomiendo el plato del día: unos ravioles con estofado, recién preparados.

A Zelaya se le iluminaron los ojos y se le hizo agua a la boca. No pudo evitar que su estómago empezara a hacer ruidos de impaciencia. De pronto comprendió lo que le estaban ofreciendo, y los ojos se le abrieron aún más por el asombro.

—¿Tienen comida fresca? ¿Y carne?

—¿No le digo que los ravioles son al estofado? Por supuesto que el plato tiene carne.

—Pero ¿no están limitados a las conservas?

—No, ¿por qué? Si acá lo que sobra es la comida.

Zelaya trató de cerrar la boca para ocultar la sorpresa. *Comida de verdad, como antes del desastre.*

—Bueno, tráigame el plato del día.

—Muy bien. ¿Qué desea para beber?

—¿Por casualidad habrá cerveza?

—Por supuesto. ¿De qué marca quiere?

Dios mío, seguro que me morí y estoy en el País de Jauja. Esto es el fin de mi ateísmo.

Al cabo de un rato, Zelaya se había atiborrado de comida y bebida. Esta vez no se sorprendió tanto cuando vio la cuenta: un dólar. Mientras fumaba,

observó con más detenimiento a la gente del restaurante y se dio cuenta de que no todos eran campesinos de El Parador. Bajo una de las mesas, que ocupaba una pareja muy joven, pudo ver una mochila grande. En otra mesa había tres hombres con ropas informales, pero que eran claramente ropas de ciudad.

—Disculpen —dijo, poniéndose de pie para que todos lo vieran—, mi nombre es Roberto Zelaya. Soy un refugiado de Buenos Aires, camino al Sur. Si hay alguien aquí que venga de ese rumbo, me gustaría conocer los rumores que se oyen por aquella zona o cualquier otra información que me puedan dar.

Los dos mochileros lo miraron fijamente.

—Créame —dijo el chico, que llevaba una cadenita con un crucifijo—, no le van a gustar los rumores sobre el Sur. Nosotros venimos de ahí, pero...

Se había puesto muy pálido y no parecía dispuesto a terminar la frase.

—El Sur está libre de yanquis —dijo entonces la chica—. Pero lo que vimos allá es todavía peor. —Parecía estar a punto de llorar.

—¿Peor que los yanquis? —preguntó un hombre de camisa azul, uno de los que Zelaya había identificado como viajeros—. Nosotros venimos del Norte, de Tucumán, y no creo que algo pueda ser peor que esos yanquis de mierda. ¿Qué es lo hay en el Sur que sea tan terrible?

—Es que no nos creerían —dijo el mochilero—. Nosotros vamos a Buenos Aires. Escuchamos que ahí todavía se puede vivir.

—¡No! —dijo Zelaya, sobresaltado—. Les informaron mal. No se acerquen a Buenos Aires. Yo vengo de ahí, y apenas pude escapar a la destrucción. La ciudad está en ruinas desde hace meses.

—¿De qué estás hablando? —dijo el que venía de Tucumán—. Nosotros pasamos por Buenos Aires hace menos de un mes, y parecía que se las estaban arreglando muy bien.

—¿Me estás tratando de mentiroso? —dijo Zelaya.

—No sé, a lo mejor te volviste loco, pero no me trates de mentiroso a mí.

Zelaya sabía que las cosas no estaban para hacerse el duro. Tres contra uno no era un buen negocio.

—Nosotros escuchamos las dos versiones —dijo la chica—. Pero igual decidimos probar suerte.

—Bueno —dijo el de la camisa azul—, entonces debe haber varios locos sueltos por ahí.

—No creo —dijo el mochilero—. Serían demasiados locos. Muchos nos dijeron lo mismo.

El tucumano se puso de pie, ofendido y con ganas de pelear, pero sus amigos lo retuvieron. Un par de sillas cayeron al suelo.

—¡Bueno, señores, basta! ¡Ya está bien! —gritó el encargado del restaurante, un hombre lo bastante corpulento como para imponer respeto—. Les pido que se calmen, porque ya vimos esto antes. Parece que la gente que viene de un mismo lugar no se pone de acuerdo sobre los rumores de su región. Ni siquiera sobre lo que han visto ellos mismos. Y lo que se cuenta, además, es cada vez más raro.

—Entonces —dijo el chico, apretando el crucifijo en la mano—, puede ser que nos crean. En el Sur, todo el mundo vio cosas aterradoras. Vientos que hablan y persiguen a las personas, ejércitos de fantasmas, seres que cazan gente, grandes objetos blancos que se desprenden de las nubes y se lanzan sobre los refugiados. Y el horizonte... Bueno, hay otra cosa en lugar del horizonte. ¿Acá nadie se dio cuenta de eso?

—No —dijo el encargado—. Pero no sos el primero en decirlo. Así que si estás loco, por lo menos no sos el único, pichón. Tratá de calmarte, que vas a hacer llorar a la señorita.

Zelaya se había sentado de nuevo. ¿De qué hablaba toda esa gente? Parecía un delirio generalizado. A lo mejor tenía razón cuando pensó que los yanquis podían haber utilizado algún gas alucinógeno en la zona. Pero no había visto yanquis al sur de Buenos Aires. En cambio, había visto el horizonte.

—Eso no es todo —continuó la mochilera, ya que era el chico el que se había puesto a llorar—. Cada uno ve algo diferente, y nunca al mismo tiempo ni en el mismo lugar. A lo mejor eso es lo que le pasa a los que vieron Buenos Aires.

Pero yo estuve ahí. Vengo de ahí. Viví toda mi vida en la ciudad. Estaba ahí cuando la hicieron mierda y tuve que escaparme como pude.

—Yo no creo que Buenos Aires esté tan mal —dijo el encargado—. El camión cerealero es lo único que nos conecta con el mundo, y todo el comercio agrícola se hace con la ciudad. Así que tan destruida no puede estar.

—Pero, yo lo vi —dijo Zelaya—. De todos modos, no se puede negar que El Parador goza de buena salud. ¿Está seguro de que el negocio es con Buenos Aires?

—El camionero es porteño, señor —respondió el encargado—. Él dice que vuelve a su casa entre viaje y viaje.

—Y no quedan otras ciudad en pie más al Norte —agregó uno de los que venían de Tucumán.

Zelaya se levantó, aturdido y sin saber qué creer. Caminó hacia la puerta. En ese momento, el mochilero dejó de llorar y le gritó: —¡No vaya al Sur, señor! Es el infierno... La guerra trajo el fin del mundo, el Apocalipsis.

A otro perro con ese hueso. A mí no me van a correr con cuentos de curas y chupacirios. Sin embargo, algo extraño estaba pasando en el Sur. El aspecto del horizonte no le permitía dudar sobre eso. ¿Qué rumbo podía tomar después de lo que había oído? Se pasó la tarde fumando, sentado en un banco de madera frente a la ruta, con la mente en blanco. Después fue hasta el motel y se acostó temprano, apenas oscureció, sin siquiera pensar en cenar algo. La llegada de la noche lo atemorizó. Y nunca, en toda la tarde, se atrevió a levantar la vista hacia el horizonte.

III

Zelaya maneja de noche por la ruta, bajo una nevada suave. El viento arremolina los copos lentamente, como en esas antiguas bolas de cristal con paisajes alpinos que los chicos

agitaban para divertirse. La nevada oculta el horizonte, pero esta vez lo extraño está en el cielo, que de pronto se desentiende de la oscuridad nocturna para adoptar los colores del arco iris. Las estrellas se vuelven más brillantes y comienzan a girar, confundiéndose con los copos de nieve. Zelaya siente que realmente está dentro de una bola de cristal, agitada por unas manos poderosas que disfrutaban jugando con su vida. A pesar de eso, se siente tranquilo. Tal vez se deba a la suavidad con la que se desliza el auto. Le dan ganas de escuchar música. The Beatles. “*Lucy in the sky with diamonds*”.

*Picture yourself in a boat on a river,
with tangerine trees
and marmalade skies.
Somebody calls you,
you answer quite slowly.
A girl with kaleidoscope eyes.*

De pronto, el Falcon decide detenerse. Zelaya vislumbra, detrás del vidrio empañado del parabrisas, la silueta de una mujer. Está sentada junto a unos arbustos anaranjados, a la derecha del camino. Abre la puerta y le dice que suba al coche; que no se quede bajo la nevada. La mujer se acerca y entra al auto. Es una chica de unos veinte años, de piel cobriza y cabello muy largo, tan negro como sus ojos. No lleva más que una remera, *jeans* y unas zapatillas rotas. Sin embargo, no parece tener frío. Mira a Zelaya, le sonríe, y él se da cuenta de dos cosas: una, está soñando, y dos, jamás se había sentido tan atraído por alguien. Ni siquiera por Mariana.

Nunca había visto una mujer tan hermosa.

—Eso es porque no mirás con más cuidado, chambón. Pero igual no es tu culpa. En tu mundo no se puede mirar con atención.

Cuando la observa más de cerca, ve que los ojos de la chica adoptan un matiz dorado. El día y la noche en la misma mirada.

¿Quién sos?

—Nadie. Nomás te aviso que no soy lo que parezco. A lo mejor, si tenés suerte, vas a volver a ver a una mujer con este aspecto. Pero será una mujer de verdad, humana como vos.

¿No sos humana? Yo... Todo esto de lo que hay en el Sur, del horizonte... No entiendo nada.

La chica lo observa, sus ojos fijos en los de él, como si dudara de algo. De pronto le toma la mano. —Cuando no hay salida —dice—, ni por el Norte, ni por el Sur, ni por ningún lado, hay que hacerle frente a los demonios. Ahora hay algo, en el Sur, que se está levantando para hacerlo.

¿Para hacerle frente a qué? ¿A los yanquis?

—No, huinca tonto. A lo que ustedes llaman “el fin del mundo”.

Pero, ¿qué es lo que hay allá, un dios?

—¿Y qué es para vos un dios? —dice la chica sonriendo.

Qué sé yo. Yo soy ateo. Para la mayoría es el creador.

—No es un creador; es una creatura de los humanos —dice la chica—. Tiene muchos nombres. Para mí es Nguenechen. La gente le da vi-

da y fuerza con sus sueños. —Aprieta la mano de Zelaya—. Pero todavía no es Uno sino muchos. Apenas está naciendo, en un parto múltiple de dioses. Los sueños están llenos de odio y de vergüenza en estos días. La creatura viene al mundo en discordia y hay que ayudarla a alcanzar la Unidad. —La chica se le acerca tanto que Zelaya siente su aliento helado en la cara—. Si no, Nguenechen vendrá como legión. Se convertirá en Gualicho, el diablo. Y puede traer la destrucción del creador. Eso también tiene muchos nombres. Para los huincas es el Apocalipsis. Por eso tenés que ir hacia el Sur: para ayudar en el nacimiento.

Creéme que yo no sería un buen padre. Y tampoco tengo pasta de héroe.

La chica se ríe con una carcajada extraña, reseca, como si estuviera a punto de partirse en dos. A Zelaya le recuerda el sonido de las ramas muertas en invierno, cuando el viento se ensaña con los árboles como si ya no lo hubieran perdido todo. La chica le suelta la mano y lo mira con una mezcla de afecto y compasión.

—Mirá que saliste agrandado, ¿eh? —dice—. ¿Te pensás que sos un elegido para salvar al mundo o algo así? No existen los héroes cuando van de a uno. Vos sos uno de muchos. Por ahora tu parte es dispersar la Tormenta de Gualicho. Pero no le tengas miedo a los guerreros. Vos sos el creador; no ellos. Cargá contra esos diablos, usá tu arma y seguí adelante. Además, tenés algo especial a tu favor, porque te acompaña el Inmortal.

¿El qué?

*Look for the girl
with the sun in her eyes,
and she's gone.*

IV

Zelaya se despertó sobresaltado, envuelto en sudor frío y con más preguntas que respuestas. Siempre más preguntas que respuestas. Esa mañana no disfrutó de los pequeños lujos de la ducha y la caminata hasta la ruta. Fueron actos mecánicos que él veía desde afuera, como si los hiciera otro. Cuando llegó al restaurante se obligó a desayunar, pero su mente estaba perdida en los laberintos de la duda. *¿Habrà sido un sueño, nomás, o acá pasa algo que se me escapa? No, no pudo ser un simple sueño. Era demasiado real. ¿Me estaré volviendo loco?*

Miró la cuenta y vio que el café con leche y las medialunas también costaban un dólar, pero ya no le dio importancia a ese signo repetitivo e indescifrable. *Mi mente puede inventar una historia como la del sueño. Yo conozco los mitos de Gualicho y Nguenechen. Es mi trabajo. Bueno, era. Pero la morocha tenía vida propia, como el horizonte. Y al horizonte lo vi; no lo soñé.*

—Tiene cara de haber dormido mal —le dijo una viejita acurrucada en la mesa de al lado. Zelaya contempló el rostro oscuro, tan reseco y lleno de arrugas que no pudo decidir si le estaba sonriendo o lo miraba con suspicacia.

—No se preocupe, abuela. Nada que no se solucione con un buen desayuno.

La anciana pareció observarlo más detenidamente, y de pronto abrió los ojos grandes como platos. Se persignó y empezó a ponerse de pie con gran esfuerzo, apoyándose en la mesa. Zelaya se levantó y la tomó por los hombros para ayudarla. Temblaba como una hoja.

—¡No, no me toque! —dijo la vieja entre sollozos. Se liberó de la ayuda mientras susurraba lo que Zelaya no quería oír: Gualicho.

—Pero ¿qué pasa, abuela? ¿Por qué se puso así?

—Nada m'hijo. Siga su camino nomás. Cosas de viejas.

—Pero no se puede ir así, sin decirme nada.

La anciana se detuvo un momento y miró a Zelaya con espanto.

—No todo lo que brilla es oro, huinca —dijo en voz muy baja, y salió del restaurante.

Zelaya se derrumbó de nuevo en la silla.

—¿Huinca? —dijo a la nada, mirando por la ventana—. Yo no tengo la culpa de lo que les hicieron los blancos en el pasado.

—No se haga problema —le dijo el encargado riendo y tocándose la sien con el dedo índice—. Doña Matilde a veces se pierde un poco, ¿me explico?

Zelaya miró sorprendido al hombre que le hablaba. Se había olvidado de que no estaba solo; hasta se había olvidado dónde estaba.

—A veces —continuó el encargado, mientras pasaba un trapo por el mostrador— se cree que estamos en la época de la Campaña del Desierto, y que los huincas del general

Roca la van a venir a buscar para degollarla.

A lo mejor no está tan equivocada. La muerte puede volver desde el Norte en cualquier momento.

Zelaya estuvo a punto de ponerse a explicar que nunca hubo una Campaña del Desierto, sino una Conquista, y que el Desierto no era tal, porque siempre estuvo lleno de gente. Pero no era momento para entrar en discusiones de esa clase.

—Sí —dijo—. Cosas de viejas, nomás.

Se despidió del encargado con un apretón de manos y fue a buscar el auto. Lo encontró frente a la entrada del taller, limpio y brillante, casi como nuevo. Evidentemente, el mecánico se tomaba su trabajo muy en serio.

—¿Cómo le va, jefe? ¿Lo pasó bien en El Parador? —El chico salió del taller, limpiándose las manos con un trapo ennegrecido por la grasa y el aceite.

—Muy bien, pibe. Acá se come y se duerme como los dioses... Eh, quiero decir que se está muy cómodo.

—Lo felicito por el coche. Es un verdadero fierro. El que le hizo las mejoras sabía lo que hacía, porque se bancó la ruta sin chistar. No tiene ningún problema, así que nomás lo lavé.

—Bueno, me alegro que esté todo bien. ¿Cuánto te debo?

—Un dólar.

Me lo imaginaba, pero tenía que preguntar.

Zelaya pagó, se despidió del mecánico y entró al auto.

—Vaya tranquilo, nomás —le dijo el chico a través de la ventanilla—, que el fierro éste debe ser inmortal.

—¿Qué?! —gritó Zelaya soltando el volante—. ¿Cómo lo llamaste?

El chico se acercó. —¿Qué le pasa, jefe? ¿Se siente mal? De repente se puso pálido.

—No... Yo... No pasa nada. Te agradezco por todo, pibe. Chau.

Zelaya se obligó a poner de nuevo las manos sobre el volante y trató de tranquilizarse. Cuando lo consiguió, arrancó el auto, avanzó unos metros y se detuvo frente a la ruta. *¿Para qué lado voy? Los yanquis por lo menos son humanos. ¿O ya ni siquiera quedarán yanquis?* Por un momento, imaginó a Mariana rogándole que tomara el camino al Norte. Pero ella lo había abandonado; había perdido su derecho a opinar. Puso primera y se alejó de El Parador rumbo al Sur.

V

El Falcon parecía correr más rápido que antes, aunque el mecánico asegurara no haberlo tocado. Lo que no cambió fue la monótona proyección de cine experimental. Pero Zelaya no estaba aburrido; estaba pasmado. El mundo parecía empeñado en convertirse en otra cosa, en algo que refutaba las creencias de toda su vida. El degradé de colores difusos que había reemplazado al horizonte seguía allí, como advirtiéndole que se volviera por donde había venido. Sin embargo, algo dentro de él le decía que ya era demasiado tarde para cambiar de rumbo.

Manejó en silencio durante un par de horas. *Mejor volvamos a la banda de sonido, a ver si me distraigo un poco.* Puso un cedé de Los Redondos. Ah, “Luzbelito”, *qué buen disco.* Track dos: “Cruz diablo”.

*Zippo, que estaba hecho migas,
se mandó en una picada
chistando a su mala sombra
sin copiloto ni nada.*

Zippo/Zelaya, ja, y lo bien que me vendría un copiloto como la morocha del sueño. El Falcon avanzaba ahora con viento en contra. A lo lejos, comenzaron a aparecer unos nubarrones negros surcados de relámpagos. *Tormenta a la vista. Bueno, por lo menos las nubes no dejan ver esa cosa que se comió el horizonte.*

*Zippo va camino del infierno
cagando leches:
no supo repartir sus fichas
y su cielo ennegrece.*

¡Mierda! Zelaya apagó la música de un manotazo. *Ni la música me deja en paz.* De pronto, a un lado del camino, vio un campamento de mochileros. Decidió detenerse a escuchar los rumores. Avanzó despacio, para no asustar a la gente, y se estacionó junto a las carpas.

Bajó del auto y en seguida se dio cuenta de que la mayoría eran chicos muy jóvenes. Había unos quince o veinte. Casi todos lloraban en silencio. Sólo dos o tres le prestaron atención cuando se acercó.

—¿Y usted quién es? —le preguntó un chico pelirrojo, con cara de haber visto un fantasma, o tal vez varios.

—Me llamo Roberto. Soy un refugiado y trato de ir hacia el Sur.

—Yo soy Sebastián —dijo el chico, y señaló la tormenta—. No vaya para allá.

—¿Por qué, qué pasó?

—El viento... No, eso no es un viento; hay algo adentro. Perdimos un par de amigos tratando de cruzar la tormenta.

—¿Cómo que se perdieron? ¿Había niebla?

El pelirrojo lo miró con rabia. —¡No! Los perdimos. Se murieron. Los mató esa cosa.

Zelaya se sentó en el pasto junto a los mochileros. *La Tormenta de Gualicho. ¿Qué hago? ¿Me voy, o uso la Bersa como me dijo la morocha?* Recordó que los ranqueles y otros pueblos espantaban así a Gualicho cuando creían reconocerlo en algún mal que los azotaba. Montaban a caballo y arremetían contra el enemigo invisible blandiendo sus lanzas, hasta que creían haberlo derrotado. Un trueno cortó el hilo de su pensamiento y espantó a los mochileros, que empezaron a gritar y a correr. Algunos se escaparon por la ruta; otros miraban el auto, tal vez calculando cuántos podrían entrar en él. *Bueno, habrá que ir hasta el final de todo esto.* El chico de El Parador había dicho que todos veían cosas distintas y en momentos diferentes. Quizá el fenómeno se estuviera agravando: ahora todos veían y sufrían lo mismo. *A lo mejor se está forjando esa unidad que mencionó la morocha: algo vivo que se despierta después de mucho tiempo, pero que se está uniendo mal, en medio del caos.*

Antes de que los chicos, desesperados, se abalanzaran sobre el coche, Zelaya volvió a subir al Falcon y se dirigió hacia la tormenta. Miraba de reojo la compactera, temiendo que se encendiera sola. *Lo único que falta es que empiece a sonar "Highway to Hell".* Trató de dejar de lado esa sensación para concentrarse en lo que tenía frente a él. El viento era cada vez más fuerte y le pareció que al auto le costaba avanzar. Dentro de la tormenta se arremolinaban formas extrañas. Zelaya tomó la pistola y apretó el acelerador.

Cuando logró acercarse un poco más, pudo ver lo que eran esas formas. Guerreros a caballo, translúcidos, que se lanzaban hacia él empujados por el viento. Seres con cuerpo de hombre y cabeza de felino que cargaban agitando sus lanzas. A través de ellos se veía la negrura de las nubes, que estaban casi a ras del suelo. *Me debo haber vuelto loco por leer tanto, como Don Quijote. Y bueh, que sea lo que Marx quiera.* Tomó la con la mano izquierda, la sacó por la ventanilla y disparó. Le pareció escuchar carcajadas rotas en el viento; el sonido de la madera reseca crepitando en un fogón.

Zelaya pensó en la morocha y el recuerdo del sueño se hizo más vívido que nunca. *Yo soy su creador. No les tengo miedo. ¡Yo los estoy soñando a ustedes, manga de hijos de puta, y los voy a borrar del sueño!* Disparó de nuevo, y esta vez el viento disminuyó claramente. Uno de los guerreros había caído y los demás estaban quietos. Zelaya vació el cargador contra la tormenta y, en un a-

brir y cerrar de ojos, se encontró con el cielo más despejado que había contemplado en todo el viaje.

La impresión lo hizo frenar de golpe, con un chirrido que le lastimó los oídos. Pero la sorpresa fue reemplazada en seguida por la alegría de la victoria y la euforia de la adrenalina. *La morocha estaría orgullosa de mí. Mariana no; Mariana todavía estaría gritándome que pegara la vuelta y volviera a la ciudad.* Se quedó un rato en silencio, con la mirada perdida en el cielo sin nubes, tratando de aceptar este nuevo mundo en el que sus viejas ideas sobre la realidad no le servirían para nada. Al rato pudo distinguir, por el espejo retrovisor, las siluetas de los chicos del campamento, que corrían desesperados hacia él. *No, lo lamento. Ahora es cosa de ustedes. El camino al Sur está abierto. Cada uno tiene que llegar como pueda.* Arrancó y se alejó del lugar, dejando atrás los gritos de mochileros.

VI

Zelaya avanzaba despacio, sin forzar el auto. Ahora hasta disfrutaba de la película monótona que se le ofrecía a través del parabrisas. *De vez en cuando viene bien un poco de cine intelectual. Después de todo, esto de las batallas épicas no es lo mío.* Pero no estaba tan relajado como para ver una película muda sin música de fondo. “¿Y ahora qué pasa, eh?”, decía la canción de Los Violadores a todo volumen, en honor a la novela de Burgess. *Cierto. ¿Y ahora qué pasa, eh? Mientras no me*

tope con una patota de málchicos... Pero no creo, éstos están en el Norte... supongo.

De pronto, cuando estaba empezando a preocuparse por la falta de combustible, Zelaya vio un taller mecánico y un surtidor de nafta al costado de la ruta. El taller estaba frente a las ruinas de una antigua estación de tren. Se acercó hasta situarse junto al surtidor, detuvo el auto y se bajó. Necesitaba estirar las piernas. Respiró profundo y, por algún extraño motivo que se le escapaba, se sintió tranquilo, casi feliz, incluso ante la presencia de esa mancha borrosa que se veía a lo lejos y le recordaba que aún estaba en problemas. *¿Me estaré acostumbrando a toda esta locura?* En ese momento apareció el empleado. Un chico flaco y alto; la cabellera negra desparpamándose hasta la cintura sobre el uniforme de Repsol.

—¡Ah! Buenas tardes, señor—dijo con una sonrisa de publicidad—. ¡El primer cliente en mucho tiempo!

Sí, me imagino. Lo que no me imagino es cómo carajo sobrevivís acá, en medio de la nada. ¿Será como en El Parador?

—Buenas tardes, quería llenar el tanque y comprar unos bidones de nafta.

—Cómo no, señor, pero antes no vendría mal un poco de conversación, ¿no le parece? Uno no ve gente por acá todos los días.

—Eh, mire, no lo tome a mal, pero...

—Pero no se puede confiar en desconocidos en estos tiempos, ¿no? Sí, lo entiendo.

—Bueno —dijo Zelaya—, si lo entiende, entonces... —Y completó la idea señalando el surtidor.

Pero el empleado no le hizo caso. En lugar de eso se acercó a darle la mano.

—Ángel, para servirle.

Zelaya no sabía qué hacer, pero le dio la mano mientras pensaba en entrar al coche para buscar el arma.

—¿Sabe usted lo que tiene aquí? —dijo Ángel.

—¿Se refiere al auto?

—Ford Falcon GL, gris plata. El último Falcon construido en la Argentina, salido de la planta automotriz de Pacheco, el martes 10 de septiembre de 1991. Fue sorteado entre los empleados de la Ford. El dueño solía tenerlo en exposición en el Club del Ford Falcon de Córdoba. ¿Sabe cómo lo apodaron los obreros el día que salió de fábrica?

Ángel se acercó a su cliente y le susurró al oído: —El Inmortal.

Zelaya no pudo evitar la reacción: le dio un golpe en la cara y se alejó de un salto. Ángel no parecía alterarse, pero un hilo de sangre le corría por la frente. Sacó un pañuelo del bolsillo del overol y se limpió la herida.

Bueno, por lo menos sangra como cualquier hijo de vecino. Zelaya volvió a pensar en la Bersa.

—Dígame —continuó Ángel, como si nada—. ¿De dónde sacó este Falcon?

—Bueno, yo... Me llevé el primer coche que encontré para escaparme de Buenos Aires. Pero no lo robé; todo estaba en ruinas.

—No lo acuso de haberlo robado. Sólo quiero que piense en una cosa. Este auto es un centro de poder; una especie de dios. Tanto fanatismo, tantos sueños concentrados en él, no podrían pasar de largo sin dejar una huella psíquica extremadamente vital. ¿No le parece demasiada casualidad que éste haya sido el primer auto que encontró para salir de la ciudad?

—¿Estoy soñando de nuevo?

—Zelaya había empezado a retroceder, trastabillando y mirando hacia todas partes. Esperaba que la morocha se apareciera en cualquier momento.

—No, no está soñando. Ya vio lo suficiente como para que nos comuniquemos con usted durante la vigilia sin volverlo loco. Al igual que el auto, El Parador también es un centro de poder. En el siglo XIX era uno de los puestos donde se realizaba el Negocio Pacífico de Indios.

Así que estuve en un viejo fortín y nunca lo supe. Con razón el mecánico me dijo que estábamos era la Frontera.

—Por un tiempo —continuó Ángel—, los blancos y los americanos originarios se llevaron bastante bien en ese lugar. Y la fuerza de esos sueños perdura. El Inmortal necesitaba recobrar energías ahí. También este taller está en un lugar poderoso. Por eso decidimos que uno de nosotros se quedara a esperar al Inmortal en este punto.

¿Nosotros? ¿De quiénes habla?

—De sus creaturas, señor.

Zelaya no se sorprendió al comprobar que Ángel podía leerle la mente. *¿Cuándo aparecerá la morocha?*

—La mujer que vio en sueños, el Inmortal, yo mismo, no somos más que chispas de la divinidad que está naciendo. Pero la desunión reina entre muchos de nosotros. Lo que usted ve como un horizonte difuso es el resultado de los dolores del parto. Los humanos le han dado vida a Ngue-nechen a través de la fe, pero Él viene a este mundo en medio del caos y la desorientación. Si la creatura no alcanza la Unidad... Bueno, usted ya probó una pizca del infierno cuando se cruzó con un fragmento de Gualicho.

¿Y qué papel juego yo en todo esto?

—Usted es el elegido por el Inmortal para llevarlo al horizonte.

¿Me está diciendo que este auto me usó a mí para traerlo hasta acá?

Zelaya se alejó del coche con un gesto de aversión.

—Sí. Y aún lo necesita para cumplir su propósito.

Así que él me necesita a mí, ¿eh? ¡¿Entonces yo qué soy, un simple chofer?! Falcon de mierda, ¿me trajo hasta acá porque necesitaba llegar al horizonte? ¡¿Y cómo carajo se puede llegar al horizonte?! Yo me voy a pie. Si este cacharro es tan dios como se piensa que es, que llegue solo.

—¡Cálmese, por favor, Zelaya! No es momento para desplantes. El Inmortal puede convertirse en uno de los centros clave para conseguir la Unidad. Ésa es su misión. Pero si usted no lo ayuda, no podrá completarla.

La chica dijo que nada de héroes individuales.

—Por supuesto que no. Hay muchos creadores colaborando en todo el mundo, llevando centros de poder hacia los cuatro puntos cardinales. Usted es uno de los elegidos para dirigirse al Sur, pero hay otros viajeros avanzando en esa dirección. Lo que deben hacer los peregrinos es reunirse al alcanzar el horizonte. Le aseguro que, en este estado de cosas, es posible llegar hasta allí.

Ja, como si la Tierra fuera plana.

—En cierta forma, ahora lo es. Por eso le parece que el horizonte se ha esfumado.

Zelaya caminaba en círculos alrededor del surtidor.

¿Tierra plana, eh? No, basta; se acabó. Me rindo. Estoy loco, hablando solo en medio de la nada.

—No es la forma del mundo real lo que ha cambiado, Zelaya. Pero la realidad sólo puede ser percibida en forma coherente por una mente racional, y el parto está destrozando la racionalidad humana. La está corroyendo desde los cimientos. Nada volverá a ser lo que era si no se produce la Unidad.

Ángel bajó la vista y guardó silencio por un momento. Después caminó hasta el surtidor, tomó la manguera y comenzó a llenar el tanque del Falcon. Sin volverse a mirar a Zelaya, le dijo: —Ahora usted debe decidir, libremente, si va a colaborar o no con la llegada de la a este mundo. —Se encogió de hombros—. Libre Albedrío.

Claro. Libre Albedrío. Suena muy lindo, pero no todo lo que brilla es oro... ¿Qué se yo a qué le estoy abriendo la puerta? A Mariana esto no le hubiera gustado nada.

En ese momento, de pie junto a un molinete de madera de la vieja estación de tren, Zelaya vio a la morocha del sueño. La mujer más hermosa que podía imaginar, pero esta vez era real. La canción de los Beatles volvió a su mente, casi como si la estuviera escuchando.

*Suddenly someone is there
at the turnstyle,
the girl with kaleidoscope eyes.*

—No es ella quien lo visitó en sueños —dijo Ángel, señalando a la chica. Terminó de cargar el combustible y se acercó a Zelaya—. Es la mujer de la que tomamos la forma para presentarnos ante usted. Está perdida, y creo que no le vendría mal que alguien la ayudara.

La chica los miraba desde el otro lado de la ruta. Parecía sorprendida. Seguramente tenía miedo de que la atacaran. Zelaya le sonrió y se acercó lentamente a ella. Hablaron por unos minutos. Él señaló hacia el Sur y la invitó a acompañarlo. La chica, ya más tranquila, aceptó sonriendo. Caminaron juntos hacia el Falcon. Ella entró al auto y Zelaya se acercó de nuevo a Ángel.

Se miraron en silencio por un momento. Después la creatura extendió la mano para despedirse: —Buena suerte, señor. Que tenga buen viaje.

Zelaya estrechó la mano de Ángel.

Me dijo que se llama Lucy. Usted sabe lo que pensé cuando la vi. ¿Otra casualidad?

—Más bien el regalo de una oportunidad —respondió Ángel—. Para los dos.

La herida de su frente aún sangraba, a pesar de que había vuelto a limpiarse con el pañuelo.

Gracias. Y perdone por lo del golpe. Yo...

—No se preocupe, señor. No es nada.

Está bien. Comprendo que la Unidad debe completarse. Si hace falta, voy a llegar incluso hasta el horizonte para ayudar.

Zelaya subió al auto, buscó un cedé para escuchar mientras conversaba con Lucy, y el Inmortal se marchó hacia el horizonte, siempre rumbo al Sur.

Ángel entró sonriendo al taller mecánico y se sentó junto a la morocha de ojos negros y dorados a la vez, que estaba cebando unos mates.

—¿Se lo creyó todo?

—No lo sé, pero el truco de la chica perdida siempre funciona. Los hombres son muy predecibles.

La morocha le pasó un mate.

—¿Y si Zelaya no logra llevar al Inmortal hasta su destino? —dijo—. ¿Serán suficientes los centros disruptivos que nos quedan para detener a Nguenechen? Ya perdimos bastantes.

—Tendrán que ser suficientes —dijo Ángel, mirándola con dureza—. No pienso reducirme a la Unidad sin luchar, y no te voy a permitir a vos que lo hagas.

La morocha se le acercó y lamió la herida de su frente. Recordó una noche nevada, en un mundo de sueños. Su sonrisa dejó al descubierto los dientes agudos, manchados de sangre.

—Me pregunto qué cara pondrá Zelaya cuando descubra que Lucy es un súcubo como yo.

—¿Antes o después de que lo devore? —dijo Ángel, y ambos se

retorcieron en carcajadas secas, como si fueran ramas muertas a punto de partirse en dos.

© CLAUDIO BIONDINO, 2009.



CLAUDIO BIONDINO
(Argentina —Buenos Aires, 1972—)

Es antropólogo y en sus lecturas juveniles predominaron VERNE y ASIMOV. Actualmente, sus autores preferidos son, entre otros, BORGES, BALLARD, LEM, LE GUIN, DICK, CORDWAINER SMITH, VONNEGUT, BESTER, EGAN y CHIANG.

Desde mediados de 2005 incursionó en un taller literario y ya publicó cuentos en **Axxón**, **BEM OnLine**, **Eridano** y **Sinergia**. También fue traducido al francés para **Infini**. En **NM 7** colaboró con *El centro del tiempo*.

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

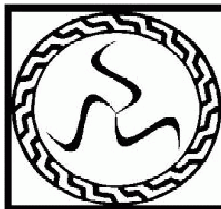
<http://editores.sub.cc/>



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.



ESN 75694-090712-674080-46